JEAN GIRAUDOUX

SIEGFRIED



EDITORIAL
ESPAÑA

SIEGFRIED

MÁSCARAS ANTIGUAS Y MODERNAS

Volpone o El zorro, de Ben Jonson. Prólogo y adaptación del inglés por Luis Araquistain.

Siegfried, de Jean Giraudoux. Versión castellana de Enrique Díez-Canedo.

MÁSCARAS ANTIGUAS Y MODERNAS

JEAN GIRAUDOUX

SIEGFRIED

PIEZA EN CUATRO ACTOS

VERSIÓN DE
ENRIQUE DIEZ-CANEDO

EDITORIAL ESPAÑA

Imprenta de Galo Sáez * Mesón de Paños, 8 * Madrid.

NOTA PRELIMINAR

Muchas tendencias renovadoras se están señalando a la hora presente en el teatro universal. Adviértese, sin embargo, que las más de ellas quieren renovarlo de fuera a dentro: como si dándole otra cara, variándolo en su exterioridad, hubiera de calar hasta el fondo el espíritu nuevo. Renovaciones por el escenario, por la decoración, por la manera de representar, por el corte mismo de las escenas. El SIEGFRIED, de Jean Giraudoux, estrenado en París el 3 de mayo de 1928, es una comedia cuya novedad es toda de dentro a fuera. No requiere con categórico mandato alardes de escenografía, ni saca del paso tradicional a los actores, ni cambia el «tiempo» de la representación. Su novedad es toda de contenido, y se traduce en la expresión, dialogada por una tensión y una densidad que no deja partes muertas; en el tono también, que recoge los temas tratados con ampulosa solemnidad, convirtiéndolos en juego irónico.

SIEGFRIED procede, como es sabido, de una novela publicada por Giraudoux en 1922, y escrita sin pensar en el teatro. La adaptación de Siegfried et le Limousin, el primer ensayo de la cual apareció en 1924, rehace completamente

el asunto, que pasa al teatro, libre de toda traba, sin preocupaciones de fidelidad al primitivo texto. En realidad, es obra muy diferente.

Su éxito en París, donde fué representada en la Comédie des Champs Elysées, interpretando los papeles principales las señoras Valentine Tessier y Lucienne Bogaert; los señores Pierre Renoir (Siegfried), *Auguste Boverio* (Zelten), *Romain Bouquet* (Robineau) *y Louis Jouvet* (Fontgeloy), *este último director de escena y uno de los más ilustres actores nuevos de Francia, se mantuvo largos meses a teatro lleno, y encontró confirmación al estrenarse la versión alemana.*

Hasta los días mismos en que esta versión se suprime, SIEGFRIED *era la única obra teatral de Jean Giraudoux. Un «Divertissement de Siegfried», publicado en* La Nouvelle Revue Française *(julio 1928), parece un episodio desarticulado de la comedia para dar a ésta su forma definitiva. En ese episodio Zelten ha triunfado y se ha proclamado regente; sin hacerse ilusiones en cuanto a la duración de la regencia, está esperando el ataque de las tropas del Gobierno y la llegada de Siegfried, que ha conseguido del Parlamento que se declare fuera de la ley a Zelten. El llamado «Divertissement de Siegfried» se articularía, pues, entre los actos segundo y tercero.*

El 7 de noviembre de 1929 Giraudoux ha estrenado su segunda comedia, Amphitrion 38, *en que se remoza un tema clásico tratado por Plauto, por Molière y por otros autores, treinta y siete veces en total. Así se explica el título de la nueva versión de Giraudoux, representada en el*

mismo teatro y por los mismos actores que su SIEGFRIED.

La presente traducción española sigue textualmente al original. El traductor ha conservado, para los dos nombres del protagonista, las formas originarias, tanto porque su equivalencia española los desfiguraría demasiado, como porque en el contraste de esos nombres se refleja ya el conflicto dramático, la lucha de dos seres en uno mismo, la pugna de dos patrias en un cerebro y un corazón; y no de dos patrias en abstracto, sino de Francia y Alemania, que han escuchado a Giraudoux con idéntica atención. Su palabra es de paz. El análisis de los caracteres peculiares de cada pueblo, fino y penetrante, se colorea en todo momento, entre sonrisas e ironías, de profunda emoción y vivo sentimiento de simpatía humana.

E. D.-C.

(En la edición francesa preceden a SIEGFRIED *las palabras siguientes de Daniel Halévy, editor de los* Cahiers Verts, *que publicaron primero la novela y después la comedia de Giraudoux:)*

A Jean Giraudoux.

SIEGFRIED *fué relato; yo se lo pedí, y usted me lo dió.* SIEGFRIED *es comedia, y también la quiero.*

No, a nuestros lectores no les sorprenderá, sino que ha de encantarles, por el contrario, este retorno; le darán, como yo, gracias por tantas invenciones y renovaciones.

¿Quién nos iba a decir que nuestro teatro, perdido por nuestros hombres de teatro, había de encontrar salvación, acaso, en usted? Esperamos ahora a todos sus personajes, a todas sus heroínas, a Eglantina, a Julieta, en el País de los Hombres, a las ya nacidas, a las que están por nacer, y de antemano le pido el privilegio de sus obras de magia.

DANIEL HALÉVY.

SIEGFRIED

PERSONAJES

Genoveva.
Eva.
Señora Patchkoffer.
Señora Hoepfl.

Siegfried.
Barón von Zelten.
Robineau.
General de Fontgeloy.
General von Waldorf.
General Ledinger.
Pietri.
Muck.
El schupo (1).
Kratz.
Meyer.

El señor Schmidt. El señor Patchkoffer. El señor Keller. El sargento de schupos. Schumann. Un criado.

(1) Schupo, de Schutz-polizei, guardia de seguridad o gendarme.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

EVA, EL UJIER MUCK, UN CRIADO

Sala de espera, de lujo moderno. Escalera de mármol blancos y alfombra roja, que arranca de un vestíbulo, a la derecha. Vista de Gotha, toda nevada.

MUCK

(*Anunciando.*)

¡Su excelencia el general Ludendorf!

EVA

Ahora no... Esta noche, a las nueve.

MUCK

¡Su excelencia el presidente Rathenau!

EVA

Esta noche, a las nueve... Ya sabes que la tarde de hoy es sagrada para el señor Siegfried.

MUCK

(*Al* CRIADO.)

No tengo suerte... Anuncia tú a los tuyos.

EL CRIADO

(*Como si le diese vergüenza.*)

¡El señor Meyer!...

EVA

Bien está. El señor consejero Siegfried le recibirá dentro de un instante.

EL CRIADO

¡El señor Kratz! ¡La señora Schmidt!

EVA

Muy bien. Han sido puntuales. El señor Siegfried ha de verlos a todos.

MUCK

Lo malo va a ser...

EVA

¿Quién te pide tu opinión?

MUCK

El señor Siegfried se toma tantas emociones inútiles...

(EVA *no le contesta; escribe.*)

MUCK

(*Al* CRIADO.)

Yo les he mirado las narices a todos esos pretendidos padres que llegan de las cuatro esquinas de Alemania, con el afán de reconocer en él a un

hijo que desapareció en la guerra... ¡Ninguno se le parece!

EL CRIADO

¡Ah!

MUCK

Me dirás que el parecido es como las enfermedades: a lo mejor se salta una generación...

EL CRIADO

(Que va poniendo en orden los sillones y arreglando los cortinajes.)

Eso es lo que yo digo.

MUCK

He mirado las fotografías que me dieron al presentarse, los retratos del hijo, que son su billete de entrada. Uno lleva anteojos. Otro tiene un hocicillo como de conejo... Ninguno se parece al señor Siegfried.

EL CRIADO

Puede que tú no sepas encontrar el parecido.

MUCK

Al contrario. En los museos, en los teatros, en los cuadros y en las estatuas, en toda esa gente con traje antiguo o desnuda, en Alejandro Magno, en Lohengrin, raro es que no encuentre yo algo del señor Siegfried vestido de chaqueta... En ellos, nada... ¿Conoces tú a Lohengrin?

EL CRIADO

(*Vagamente.*)

Apenas. Le he visto de lejos.

EVA

(*Cortando el diálogo.*)

¿Está todo preparado para la entrevista?

MUCK

Ya se arregló la araña. Puse bombillas nuevas...

EVA

¿Se vistió ya el señor Siegfried?

MUCK

Se está vistiendo.

(*Al* CRIADO.)

Está dudoso. No sabe si recortarse el bigote, como la otra vez. Le dejé delante del espejo. Sin duda se estará preguntando cómo va a parecerse más. En vestirse con las facciones de la infancia se tarda más que en ponerse una chaqueta.

EVA

Que pase el barón de Zelten.

MUCK

(*Sorprendido.*)

¡Pero si al barón de Zelten no le he anunciado!

EVA

Eso tendré que echarte en cara. ¿Por qué le dejaste entrar, en contra de mi prohibición? ¿Por qué le permites que se mezcle con nuestros visitantes y les haga preguntas?

MUCK

Creí que no había mal en ello; es el primo de la señorita.

EVA

A propósito de Zelten circulan los rumores más desagradables. Es el grande hombre de los cafés, de entre bastidores, de las piscinas. Cuentan que tiene comprada a la Policía y que anoche mismo estaban todos los agentes citados en su casa.

MUCK

La señorita se equivoca. Les había dado entradas para el teatro. Iban todos a *Salomé*, a ver los uniformes que lleva la guardia de Herodes.

EVA

Anda... Le espero.

(*Despide al otro* CRIADO.)

ESCENA II

EVA, EL BARÓN VON ZELTEN

EVA

¿Qué vienes buscando aquí, Zelten?

ZELTEN

Veo que siempre estás montando la guardia en derredor de tu criatura. ¿Volvió ya del Parlamento?

EVA

¿Estás con nosotros o contra nosotros, Zelten?

ZELTEN

Volvió, y te puso al corriente de su exitazo: te lo conozco en la cara. Estás radiante, prima. Que una constitución tan enteca ponga tan brillantes las mejillas de una linda alemana, es lo que me hace verla con menos severidad.

EVA

Una alemana puede regocijarse al ver a Alemania salvada. Después de tres años de colgarle a Alemania un adjetivo, «perdida», es grato cambiársele por el opuesto.

ZELTEN

Los epítetos contrarios son los que se cambian mutuamente con mayor facilidad, prima, sobre todo, cuando se aplican a la palabra Alemania. ¿Tienes que hablarme?

EVA

¿Por qué acabas de votar en contra del proyecto de Siegfried?

ZELTEN

¡El proyecto de Siegfried! ¡Ni que hubiera vo-

tado yo en contra de las Walkyrias y de toda la leyenda alemana!... ¡Porque hace siete años se te ocurrió, en tu hospital, bautizar con el nombre de Siegfried a un soldado que encontraron sin vestidos y sin conocimiento, y que después, en el curso de su carrera política y de sus triunfos, no ha podido recuperar ni su memoria ni su nombre verdadero, cuanto diga o haga, tiene que gozar del prestigio inherente al nombre de su padrino!... ¿Quién te dice a ti que tu Siegfried, antes de que le hirieran, no se llamaba Meyer, y que, en resumidas cuentas, yo no he votado en contra del proyecto de Meyer?

EVA

¿Eso es todo lo que venías a decir en su propia casa?

ZELTEN

(*Desviando la conversación.*)

La última vez que te vi, hace ya seis años, Eva, estabas enseñando a ese nene adulto en el Instituto de Reeducación las palabras más sencillas: perro, gato, café con leche. Hoy aprendes de él a pronunciar las palabras arrebatadoras de Constitución, Liberalismo, Pluralidad de voto, Voluptuosidad, acaso. ¿No?

EVA

La palabra Alemania, sí.

ZELTEN

¡La Alemania de tu Siegfried! Ya la estoy vien-

do. Un dechado de orden social; la supresión de esos treinta reinos chicos, de esos ducados, de esas ciudades libres que daban resonancia treinta veces distinta al solar de la cultura y de la libertad; un país recortado en departamentos iguales que tendrá por únicas aventuras los presupuestos, los seguros, las pensiones; en suma: una nación teórica, como él, sin memoria ni pasado. El hijo de la nada, con un patrimonio de contable, de jurista, de relojero. ¡Imponer a Alemania la constitución de tu pupilo, es hacerle tragarse un despertador al dragón de Siegfried, del verdadero, para que sepa la hora que es!

EVA

Con Siegfried será fuerte Alemania.

ZELTEN

(*Con ímpetu.*)

Alemania no tiene que ser fuerte. Tiene que ser Alemania. O, mejor, tiene que ser fuerte en lo irreal, gigantesca en lo invisible. Alemania no es una empresa social y humana; es una conjuración poética y demoniaca. Cuantas veces quiso el alemán hacer de ella un edificio práctico, se hundió su obra en pocos lustros. Cuantas veces creyó en la facultad de su país para mudar todo pensamiento grande y toda actitud grande en símbolo o leyenda, ¡construyó para la eternidad!

EVA

Esa eternidad se acabó.

ZELTEN

¡Se acabó, Eva! En vez de pasear a Siegfried por ciudades-modelo, llévatele allá, a las primeras estribaciones de nuestros Alpes. Vete a sorprender la aurora en su compañía. Verás si no sobrevive la Alemania del Sacro Imperio en el aire helado, a la hora en que los arroyos, todos hielo, están surcados en su thalweg por un reguerillo, en donde sólo se encuentran todavía seres humanos y animales que no han cambiado desde Gustavo Adolfo, comadrejas, caballos píos, correos de coche amarillo y trompeta que hacían surgir entre dos postigos entreabiertos la mejilla tensa y el seno erguido de una camarera. Verás el paisaje mismo de nuestra Alemania de otro tiempo, de conjuración y trabajo, de pillaje y santidad, tan cargado a la vez de verdad y de poesía que esperarás ver de repente, flotando en el aire, como en los grabados de la Edad Media, un niño celestial, regordete y desnudo, o unas manos solas en oración... Ahí está Alemania.

EVA

Estoy de prisa. ¿Qué quieres?

ZELTEN

¿Puedo ver a Siegfried?

EVA

¿Para qué?

ZELTEN

Eso es cosa mía.

EVA

No está visible para ti.

ZELTEN

¿Descansa?

EVA

No te hagas el ignorante. Bien sabes a qué se prepara.

ZELTEN

¡Lo adivino!... Se está afeitando. Se pone un cuello bajo, se aligera el pelo; se está haciendo el tocado de un condenado a muerte para la hora que va a darle, tal vez, una familia. ¿No le desanimaron las entrevistas anteriores? ¿Sigue con esperanzas?

EVA

Sigue, aunque te desagrade.

ZELTEN

¿Y tú, las tienes?

EVA

Es natural.

ZELTEN

No eres sincera.

EVA

¡Zelten!

ZELTEN

¿No te traería desconsuelo el día en que un visitante se te llevara a tu pupilo de este dominio ideal para hacer de él un simple bávaro, un pru-

siano vulgar? ¡Un padre, para ese alemán creado sin materia prima! Todas las vírgenes de Alemania le han reconocido ya por hijo legítimo... Y luego, ¿quién me dice que él mismo no se empeña en el juego?

EVA

¿Estás loco?

ZELTEN

A su misterio debe Siegfried su popularidad. Aquel que Alemania mira como salvador suyo, el que pretende personificarla, le nació de repente, seis años ha, en una estación clasificadora, sin memoria, sin papeles, sin equipaje. Los pueblos son como los niños: creen que los grandes hombres vienen al mundo en un tren... A Alemania, en el fondo, le halaga que su héroe no se deba a los esparcimientos poco sagrados de una pareja de burgueses. Un jurista que nace como muere un poeta: ¡qué aventura! Su amnesia dotó a tu Siegfried de todos los pasados, de todas las noblezas, y también, circunstancia tampoco inútil para un hombre de Estado, de toda plebeyez. Encuentre familia o memoria, y volverá a ser igual nuestro... Yo tengo la esperanza, y buenas razones me asisten, de que ese momento no está lejos.

EVA

¿Qué quieres decir?

ZELTEN

El corto-circuito que sacó de su verdadera vida

a Siegfried, quizá lo arregle un obrero muy inesperado...

EVA

¿Qué sabes tú de Siegfried? ¡Cuidado, Zelten!...

MUCK

(*Entrando.*)

Señorita, es la hora de la recepción.

(EVA *sube sin disimular su inquietud.*)

EVA

Acompaña hasta la salida al señor de Zelten.

ESCENA III

ZELTEN, MUCK

MUCK

¿Conque... mañana, señor barón?

ZELTEN

Sí, Muck.

MUCK

¿A qué hora?

ZELTEN

A última hora de la tarde. Seña, dos cañonazos. Escucha, Muck. Van a llamar. Son dos extranjeros, dos franceses. ¿Sabes distinguir a los franceses, entre los viajeros?

MUCK

Naturalmente, por el chaqué.

ZELTEN

(*Poniéndole con disimulo un billete en la mano.*)

Arréglatelas para que pasen. De ellos depende la jornada de mañana... ¿Te molesta recibir franceses?

MUCK

¿Por qué? En las trincheras, entre asalto y asalto, charlábamos alguna vez con los franceses. Es duro callar cuando se llevan meses callando. Los oficiales apenas hablaban. La familia estaba lejos... No teníamos nadie con quien hablar... Entendido, los esconderé.

ZELTEN

¡Guárdate de hacerlo! Que esperen en esta sala. Uno de los franceses es francesa. Avísame en seguida. En cuanto yo los haya visto, ve a decir a Siegfried que una profesora canadiense le pide audiencia.

(*Llaman.*)

¿Llaman?

MUCK

Tengo que ir llamando a los padres. El señor Siegfried bajará pronto.

ZELTEN

Hasta ahora.

ESCENA IV

MUCK, LOS PADRES

(MUCK *abre la puerta y da paso a los* PADRES. *Tropel estrafalario y sombrío.*)

MUCK

¡Señor arquitecto municipal Schmidt!

SCHMIDT

Presente.

MUCK

Puede usted dejar el sombrero, señor arquitecto municipal.

SCHMIDT

Preferiría no dejarlo... Es de antes de la guerra... Me he vestido, poco más o menos, como entonces...

MUCK

Como usted quiera... ¡Señora Hoepfl, rentista!

SEÑORA HOEPFL

Aquí.

MUCK

¿Tiene usted la carta dándole hora?

SEÑORA HOEPFL

Ya se la enseñé, con la fotografía...

MUCK

Exacto. ¿El del hociquillo de conejo?

(*Corrigiéndose.*)

¿Como de conejo?... ¡Señor Keller, encuadernador!

KELLER

Presente... Soy muy corto de vista, señor ujier. Me he tomado la libertad de traer al señor Kratz, boticario, vecino mío, que quería mucho a Frantz.

KRATZ

(*Presentándose humildemente.*)

Kratz, especialista...

KELLER

El señor Kratz le mimaba mucho. Más bombones se hacían para Frantz que remedios en la farmacia. Una clase ha llegado a ser especialidad conocidísima.

KRATZ

(*Inclinándose.*)

El azúcar de manzana Kratz. Traje este paquetito para el señor Siegfried... Suceda lo que suceda..., estoy decidido a dejárselo...

MUCK

Señores de Patchkoffer...

(*Se adelanta una pareja de aldeanos.*)

Ya se lo escribí, señora Patchkoffer. Me pare-

ce que no hay bastante motivo para su viaje. Decía usted en su carta que su hijo es bajo y moreno. El señor Siegfried es alto y rubio.

PATCHKOFFER

Ya hemos visto morenos en Berlín, en la clínica de reeducación.

KELLER

Pero ¿y la estatura, señora?

SEÑORA PATCHKOFFER

También hemos visto ya a los bajitos, ¿verdad, Patchkoffer?

MUCK

Bueno, bueno.

SEÑORA PATCHKOFFER

Si no estuviese cambiado se le habría encontrado ya...

MUCK

¡Señor Meyer!

MEYER

Yo soy... ¿Cómo se hace, señor ujier?

MUCK

¿Cómo se hace? Tranquilícese. De prisa. Entran ustedes en la habitación contigua. El señor Siegfried baja por esa escalera. Encima de él encienden una araña. Los miopes pueden acercarse, los incrédulos tocarle, y al cabo de cinco minutos, dispénsenme que se lo diga, se marchan uste-

des desengañados... Por lo menos así ha sucedido hasta hoy; les deseo mejor fortuna.

MEYER

Gracias... Decirle que tengo esperanza de encontrar a mi pobre Ernesto, tan complaciente, pero siempre el último de su clase, en el primer hombre de Estado de nuestro país; a mi Ernesto tan bueno, pero que se las arreglaba para que la tomaran con él todos los profesores, en el que ha venido a ser, en pocos meses, favorito de Alemania, sería mentir... ¿Tiene el pelo rizado, señor?

(*Timbre a la puerta de entrada.*)

MUCK

Pasen, señoras y señores.

(*Los* PADRES *entran en la sala de la izquierda.* MUCK *va a abrir, introduce a* GENOVEVA *y* ROBINEAU, *saludándolos obsequiosamente, y desaparece, con sonrisa de inteligencia.*)

ESCENA V

GENOVEVA, ROBINEAU

GENOVEVA

¿En dónde estamos ya, Robineau?

ROBINEAU

En el kilómetro mil ciento once, desde París: adivina, Genoveva.

GENOVEVA

¡Qué frío! Lo que adivino es que no estamos en Niza. ¿En dónde estamos?

ROBINEAU

(Que está limpiando los lentes, de espaldas al vestíbulo, junto a la barandilla.)

Por esa ventana ves la ciudad entera... Mira... Voy a explicártelo todo. ¿Qué estás viendo?

GENOVEVA

Niza no lo es... Veo a la derecha una ciudadela con garitas, banderas y puentes levadizos.

ROBINEAU

(Vuelto siempre hacia el público, y como si hablara consigo mismo, pero en voz alta.)

¡Es el National Museum!

GENOVEVA

Enfrente de mí veo un templo griego, entre cedros, todo cubierto de nieve...

ROBINEAU

¡Es el Orpheum!...

GENOVEVA

Por último, a mi izquierda, un «building» de diez pisos, con ventanales en forma de unicornio.

ROBINEAU

(Cada vez más lírico.)

¡El Panoptikum!...

GENOVEVA

Finalmente, en la parte de abajo, un palacio florentino con pinturas al fresco y arcos.

ROBINEAU

El palacio de Maximiliano.

GENOVEVA

¿El Maximilianeum, indudablemente?

ROBINEAU

Tú lo has dicho.

GENOVEVA

(Volviéndose.)

¿En dónde estamos, Robineau?

ROBINEAU

En Gotha, Genoveva; estamos en Gotha. La ciudad en que conocí a Zelten, quince años hace, en un día de carnaval. Iba disfrazado de zulú y yo de Alcibíades. Nuestra simpatía no tropezó en su base con ningún prejuicio de nacionalidad.

GENOVEVA

¿Qué buscabas en Gotha?

ROBINEAU

¿Qué venían a hacer los franceses en Alemania antes de la guerra? Filología. Yo formaba parte de aquella expedición de sorboneros que Francia lanzó victoriosamente, a continuación de lo de Agadir, contra los dialectos sajones. Soy uno de los doce franceses citados en todas las historias alemanas de la Edad Media. Puedes buscar en sus historias modernas: no encontrarás doce nombres de generales nuestros.

GENOVEVA

(*Ya sentada.*)

¿Y en casa de quién estamos?

ROBINEAU

No lo sé. Pero alguien llega.

(*Son los* PADRES, *que vuelven a pasar. Tristemente. Cambio lamentable de saludos.*)

GENOVEVA

Tengo miedo, Robineau.

ROBINEAU

¿Miedo? ¿De qué?

GENOVEVA

De estar aquí... De haber salido anoche, tan bruscamente, de mi calle del Bac, y encontrarme aquí.

ROBINEAU

¿Qué puedes temer? Zelten me ha dado pasaportes canadienses. En cuanto sientas sobre ti una mirada suspicaz, saca un giro de Québec, llama banda a la orquesta, y carro-refectorio al vagón restorán. Ya te di una lista de idiotismos. ¿Tienes frío? ¿Estás tiritando?

GENOVEVA

Una canadiense no tiembla de frío. Es miedo, Robineau.

ROBINEAU

Eso no es verdad. Tú eres la valentía en persona.

GENOVEVA

Precisamente lo que siento es el miedo de las personas de valor. Toda la noche, en ese rápido, estuve echándome en cara el haberte sido obediente.

ROBINEAU

Zelten me conjuró, día tras día, en veinte telegramas, para que te buscase y te trajese hoy, de grado o por fuerza, a esta casa. Tres francos por palabra se ha gastado en asegurar que se trata de lo que más te interesa en el mundo. Y aun afirma que de tu viaje podrá depender la suerte de las relaciones de Francia y Alemania. Y las relaciones de Francia y Alemania son algo para quien, como yo, estudia la *ch* aspirada en las regiones del Rhin... ¿Qué te interesa más en el mundo?

GENOVEVA

¿En el mundo? Nada. ¿Desde la muerte de Jacques, desde que desapareció de este mundo? Nada. Por eso llegué a darte oídos.

ROBINEAU

Entonces, ¿por qué tienes miedo?

GENOVEVA

Porque es la primera vez en mi vida, creo yo, que recibo noticia alguna.

ROBINEAU

Con todo, no te han faltado desgracias...

GENOVEVA

Las desgracias mías, hasta aquí, me ocurrieron calladas. Padres, no los tuve; sólo por el silencio de toda mi niñez, a fuerza de silencio, por telegramas no interrumpidos de silencio, supe yo que era huérfana... ¿Quise a Jacques Forestier? Apenas empezada la guerra, desapareció. En siete años no he recibido una palabra suya, un indicio de su muerte. Y esta es la vez primera en que la suerte se digna ocuparse de mí y avisarme. Tengo miedo. Además, Robineau, tampoco tú tienes aspecto de tranquilidad.

ROBINEAU

(Que parece, efectivamente, estar muy nervioso.)

No estoy tranquilo.

GENOVEVA

¿Qué hay?

ROBINEAU

(*Inquieto.*)

Hoy que, por primera vez desde que comenzó la guerra, voy a encontrarme con un amigo alemán, a tocar con mis manos a un amigo alemán. Siete años llevo sin ver a la amistad con esa cara. Me pregunto qué va a suceder.

GENOVEVA

¿Le querías, a tu alemán?

ROBINEAU

Zelten no es lo que llamas mi alemán, como no sea, por el contrario, el único alemán que subsista. Tiene todos los defectos sonoros y llamativos con que nosotros adornábamos a los alemanes antes de 1870: el pelo rubio, intimidad con lo quimérico, distancia de la realidad, sincero énfasis; todo lo que tendremos que dar en dote a otro pueblo, si éste se emperra en quemar nuestras ciudades y afeitarse el cráneo. Tú ya has visto a Zelten en Montparnasse... ¡Buen modelo para una escultora como tú!

GENOVEVA

¿Buen modelo? Una costilla le faltaba, juzgándolo por su modo de andar.

ROBINEAU

Se la rompió tirándose al Rhin, en el sitio donde se suicidó Schumann.

GENOVEVA

Tenía un tobillo más grueso que el otro.

ROBINEAU

Una torcedura que se hizo al saltar de la roca de donde se precipitó Luis de Baviera... Me explicó que quería saborear el postrer minuto de todos los grandes hombres de Alemania. Si le encuentras la nariz rota o el omoplato saliente, culpa será de Wágner o de Federico Barbarroja.

GENOVEVA

Como no sea culpa de bala francesa.

ROBINEAU

No insistas, Genoveva. No hagas, con plomo, más pesadas las sombras que dentro de un instante van a flotar en torno nuestro.

GENOVEVA

¿Las sombras? ¿Qué sombras?

ROBINEAU

Podemos elegir, de Vercingetórix a Blücher, para no hablar sino de sombras con uniforme...

GENOVEVA

Entonces, Robineau, prefiero dejaros a solas

en la primera entrevista. Estoy cansada y en la antecámara he visto un diván. Si te es necesaria mi presencia, me llamas.

ROBINEAU

¡Vete! ¡Aquí llega!

(MUCK *introduce a* ZELTEN.)

ESCENA VI

ZELTEN, ROBINEAU

(*Permanecen un momento distantes, contemplándose a ratos, silenciosamente, durante toda la escena.*)

ZELTEN

¡Ea!

ROBINEAU

¡Ea!

ZELTEN

¿Eres tú, Robineau, Hipólito-Amable?

ROBINEAU

Otto-Wilhelmus von Zelten-Bachenbach, soy yo.

ZELTEN

¿Eres tú, braquicéfalo moreno, con sobrecarga de anteojos y chalecos de punto, terrible en el asalto?

ROBINEAU

Sí, crema de cultura, enjundia de matanza, hijo de Arminio, soy yo.

ZELTEN

Tengo la sensación de que nos hablamos desde muy lejos, Robineau, por teléfono, de que cualquier nonada bastaría para cortar la comunicación... ¡Agarra bien el aparato!... Te estoy viendo, a pesar de todo. No cambiaste.

ROBINEAU

Ni tú... Pero ¿qué hiciste en estos doce años, Zelten? Tú, tan amigo de la primavera, de la música, de la alegría y de la paz, ¿qué hiciste?

ZELTEN

¡La guerra! La guerra contra treinta y cinco naciones. Combatir contra una sola... Y tú, el porta-lentes, el apacible demócrata de las bibliotecas reales e imperiales, tú, mi amigo más querido, en doce años, ¿qué hiciste?

ROBINEAU

La guerra, contra ti...

ZELTEN

Por fortuna estuvimos torpes, Robineau, y no nos acertamos. ¿Apuntabas en contra mía?

ROBINEAU

Más de una vez, en el ataque, al pensar en ti, levantando el fusil tiré al cielo.

ZELTEN

¡Y tampoco le diste! Sigue con sus devaneos,

por lo menos encima de Alemania. Pero ya pensaba yo que no te encarnizarías contra tu amigo de antaño. Cada vez que fallaba junto a mí una bala, yo me decía: «¡El que ha tirado es el bueno de Robineau!» Las balas que iban a herir, como tus palabras, por cierto, a las cosas que nada tenían que ver con ellas, a las botellas, a la pera en el árbol, no podía yo menos de pensar que eran tuyas. Mi ayudante salió una vez herido en una nalga, y todos se le rieron: yo pensé en ti...

(*Se le acerca. Afectando una conversación familiar.*)

Buenos días, Robineau.

ROBINEAU

Buenos días, Zelten.

ZELTEN

¿Estás bueno?

ROBINEAU

No estoy mal. ¿Y tú?

(*Silencio.*)

ZELTEN

¿A qué te dedicas ahora?

ROBINEAU

Estoy terminando mi tesis sobre las dentales.

ZELTEN

¿Filólogo siempre? ¿No te apartó la voz de la guerra de nuestros lenguajes menudos?

ROBINEAU

Pero tú, ¿para qué me llamaste? ¿Qué quieres? ¿Qué estás haciendo?

ZELTEN

¿Qué estoy haciendo? Continuar. En Alemania, todo es continuar. Hago la guerra...

ROBINEAU

¿La guerra?

ZELTEN

Ni siquiera la guerra civil. Combato contra los verdaderos enemigos de Alemania. Los países son como la fruta: siempre albergan gusanos en su interior.

ROBINEAU

(*Muy universitario.*)

¿Haces propaganda? ¿Das conferencias?

ZELTEN

No; hago la revolución. Estamos a doce de enero de mil novecientos veintiuno. Hago la revolución del trece o del catorce de enero de mil novecientos veintiuno. Para esa operación te llamé en mi ayuda. Llegas *in extremis*, pero eres indispensable para mí.

ROBINEAU

¡Lo dudo! Mi presencia llevó siempre el fracaso a los acontecimientos históricos. La historia des-

confía de mí como si, en vez de agregado de gramática, fuese yo agregado de historia.

ZELTEN

Estarás tres días tan sólo en Gotha. Y además, no sólo a ti te necesito. Necesito a Genoveva; sobre todo a Genoveva. ¿Vino también?

ROBINEAU

Sí. Está descansando. La fuí a sorprender en mitad de la noche. Se ha dormido.

ZELTEN

¿No se enfadó porque la despertaran?

ROBINEAU

Es de las que no se enfadan nunca. Pero la gripe española hace estragos en París y ella se dedica a la escultura. Dos noches seguidas la despertaron para que vaciara manos o cabezas célebres.

ZELTEN

Para una operación de ese género la he molestado yo.

ROBINEAU

Cómo, ¿se trata de un muerto?

ZELTEN

De alguien que está, a la vez, muerto y vivo... ¿Oíste hablar de nuestro Siegfried?

ROBINEAU

¿Del consejero Siegfried? Ciertamente, como todos, en Europa. ¿El nuevo grande hombre? ¿El que quiere dotar a Alemania de su constitución modelo, de su alma exacta, como dicen los partidarios suyos?

ZELTEN

¿Y a Forestier, conoces a Forestier?

ROBINEAU

¿Al escritor francés? ¿Al amigo de Genoveva que desapareció? Con ella estaba yo hablando de él hace un instante... No conozco más que su obra. ¡Obra admirable! El era el que pretendía devolver a nuestra lengua y a nuestras costumbres su misterio, su sensibilidad. ¡Qué razón tenía! Cada vez que leo la novela de la Rosa, me convenzo más... Introducir en Francia la teoría y la razón en Alemania, viene a ser la misma tarea!

ZELTEN

Llevada a cabo por el mismo hombre.

ROBINEAU

¿Cómo dices?

ZELTEN

A Siegfried le encontraron desnudo, sin memoria, sin habla, en un montón de heridos. Sospecho que Siegfried y Forestier son un hombre solo.

ROBINEAU

Querido Zelten, los grandes hombres, cuando mueren, cambian de planeta, no de nación.

ZELTEN

Tú ver no sabes, pero sabes leer. En el puesto de Santo Tomás, no te hubieran convencido las manos de Jesús, sino su autógrafo. ¡Después de leídas las obras de Forestier, lee las de Siegfried! Son copia de las primeras: inspiración, estilo, hasta las expresiones, todo es lo mismo.

ROBINEAU

El plagio es base de todas las literaturas, salvo de la primera, que, desde luego, no se conoce.

ZELTEN

¡Ah! ¡Qué filólogos alemanes son los filólogos franceses! Yo tenía la esperanza de engatusarte más de prisa con argumentos de tu ciencia. En efecto, no fué el método de los mayores sabios lo que me condujo hasta la verdad.

ROBINEAU

Tal sospecho. Sería el método, no menos corriente y fecundo, de las delaciones anónimas.

ZELTEN

¡Todo lo adivinas! Un anónimo visitante me avisó que Siegfried era vecino suyo en la clínica, y que no era alemán. El mismo pudo leer su

nombre en una placa de identidad que encontró en la camilla: Jacques Forestier. Ya lo sé: mi drama empieza por donde terminan los melodramas, por la cruz de mi madre. Pero ya estás viendo mi alegría.

ROBINEAU

¡Ya lo estoy viendo! Cambiar un hombre de Estado a quien se aborrece por un escritor a quien se admira, ya es suerte.

ZELTEN

Descargar sobre otra patria un grande hombre que hace estorbo en la nuestra, es mayor suerte aún. Ya hice mis investigaciones. Necesito que hoy den resultado y vamos a quitarnos peso del corazón dentro de un minuto.

ROBINEAU

¿Quitarnos peso del corazón, Zelten? ¿De qué corazón? En último resultado, ¿no será del corazón de Genoveva?... ¿Qué haces?

(ZELTEN *ha llamado; entra* MUCK.)

ZELTEN

Muck. Avisa al consejero Siegfried que la profesora canadiense desea hablar con él.

(MUCK *se inclina y sube la escalera.)*

¡Ea! Ya no nos queda sino esperar. Siegfried adora a los universitarios extranjeros, sobre todo a los del Nuevo Mundo. Les interroga con pasión acerca de los claustros académicos, del regla-

mento de prisiones, de la educación mixta. Atraído por tan irresistibles encantos, bajará dentro de un minuto en busca de Genoveva.

ROBINEAU

¿Bajará? ¿De dónde bajará?

ZELTEN

Estamos en su casa... El en el piso primero... Llama a Genoveva.

ROBINEAU

Nunca, jamás. Hay que prepararlos... Los sonámbulos, cuando alguien les grita su nombre, aunque sea en lengua extraña, se mueren.

(*Aparece* GENOVEVA.)

ZELTEN

No la llames, aquí está. El personal del destino obedece sin timbres.

ESCENA VII

GENOVEVA, ZELTEN, ROBINEAU

GENOVEVA

Pues ¿qué hay, señor de Zelten?

ROBINEAU

Nada, Genoveva. Mañana te lo diremos.

GENOVEVA

¿Qué hay, señor de Zelten?

ZELTEN

¿Podemos hablarla de lo que le puede causar la mayor pena, la tristeza mayor?

GENOVEVA

(*Vuelta hacia* ROBINEAU.)

¡Ah!

ROBINEAU

Sí.

GENOVEVA

¿De Jacques?

ZELTEN

Sí, de Forestier... ¿Podemos hablarla de él? ¿No le ocasionará sufrimiento?

GENOVEVA

(*Sencillísima, suavemente.*)

Hablemos de Forestier. ¿Se encontró su cuerpo? ¿Quieren que yo lo reconozca? ¿Qué dije yo, señor de Zelten? ¿Qué son esas miradas?

ZELTEN

El encanto que me subyuga siempre que veo a una criatura humana entrar en un acontecimiento con la voz y los ademanes que cumplen.

GENOVEVA

(*Sentándose, poco menos que sonriendo, entre* ZELTEN *y* ROBINEAU, *ambos en pie.*)

Sí, ya sé, me lo han dicho a menudo. Tengo

cuanto es necesario para recibir como es debido la noticia de la muerte de un hijo, o de mi madre, o de la quiebra fraudulenta de mi padre... La desdicha, la verdadera desdicha está en que nunca tuve padres ni hijos. No llego a contratarme para la tragedia. Fedra sería yo, sin hijastro, sin marido y sin escrúpulos, una Fedra jovial. Para la fatalidad no es mucho lo que queda.

ZELTEN

¿Y Forestier?

GENOVEVA

Precisamente, Forestier... Tuvimos amistad dos años, de 1912 a 1914. Se hubiera creído que yo iba a cargar con los desvelos de sus campañas, con el pesar de su muerte, con la herencia de su gloria... Pero ya usted lo sabe: me alejé de tan estricto destino; un mes antes de la guerra, regañamos. Por una riña leve, muy leve, me ahorré el destino de reñir con la vida, el vestir de luto... En el fondo de cada luto, hay una suerte que yo nunca tuve.

ZELTEN

¿Por qué no se reconciliaron al comenzar la guerra?

GENOVEVA

Contaba yo, contaba él con los cinco días de permiso... Ahora tenemos que contar con las religiones de vida futura. Además, yo esquivé siempre las funciones oficiales... Soy hija natural... Me hubiera sido detestable la viudez.

ZELTEN

No murió. Desapareció solamente.

GENOVEVA

Desapareció y reapareció. Todos los huesos de los grandes hombres tragados por la tierra y vueltos por ella a distribuir en mármol por las cuatro esquinas de su patria, reaparecieron ya. Su cabeza de granito está en una plaza de Limoges; su mano derecha, de alabastro, sostiene un laurel en Orleáns.

ZELTEN

Desapareció y podría reaparecer.

GENOVEVA

Eso me digo yo algunas veces.

ZELTEN

¿Tiene presentimientos?

GENOVEVA

Al contrario. Nada. Nunca se me aparece en sueños. Nunca es obsesión de mis insomnios. Ninguna noticia de las que dan los muertos llegó de él hasta mí...

(*Vuelve a pasar* MUCK, *inclinándose delante de* ZELTEN. *La agitación de* ROBINEAU *va en aumento. Silencio angustioso, durante el cual se oye abrir una puerta en el rellano superior.*)

ZELTEN

¿Y si volviese, si bajara de pronto de ahí arriba, por esa escalera?

GENOVEVA

(*Sonriendo.*)

Estamos peleados.

(*Óyese la voz de* SIEGFRIED.)

ZELTEN

¡Escuche!

GENOVEVA

¿Cómo? ¿Qué está usted diciendo? ¡Si es la voz de Jacques!...

(*Calla la voz, arriba.*)

¿De quién era la voz?

ZELTEN

Del amo de la casa. Del consejero Siegfried.

GENOVEVA

(*Yendo hacia la escalera y gritando.*)

¡Jacques!

(*Silencio.*)

GENOVEVA

(*Volviéndose.*)

Explíquenme...

ROBINEAU

Zelten cree haber descubierto que Siegfried, a

quien se encontró hace tiempo, privado de memoria, en una estación de heridos, no es sino Forestier.

(SIEGFRIED *abre la puerta.*)

GENOVEVA

¿Quién baja por ahí?

ZELTEN

Él. Siegfried.

GENOVEVA

(*Sin atreverse a mirar, hablando consigo misma.*)

No es su andar... O lleva una carga muy grande... Sí. Es su paso, cuando me llevaba a mí... ¿Qué llevará de más peso que yo todavía? ¡Es su voz! ¡Es su sombra!.

(SIEGFRIED *aparece al pie de la escalera.* EVA *le acompaña.*)

¡Ah! ¡Es él!

(ZELTEN *desaparece, lleno de gozo.*)

ROBINEAU

¡Silencio! Podrías matarle.

(*Retrocede ella hasta el fondo de la habitación.* SIEGFRIED *despide a* EVA *con una seña amistosa.*)

GENOVEVA

¡Ay, Jacques, cómo te me han vestido!

ESCENA VIII

SIEGFRIED, GENOVEVA, ROBINEAU

(SIEGFRIED *se encamina derechamente a* GENOVEVA, *refugiada en el fondo, junto al ventanal; saludo a la alemana con un ligero taconazo.)*

SIEGFRIED

(*Presentándose.*)

Geheimrat Siegfried.

(GENOVEVA *hace una inclinación de cabeza.*)

Creí que sería usted una señora vieja, vieja. No me atrevo a indicarle mi proyecto.

(GENOVEVA *no deja de mirarle.*)

¿No estaré equivocado?... ¿Es usted la señora del Canadá francés que acaban de anunciarme?

(GENOVEVA *mueve la cabeza afirmativamente.*)

¿Me entiende usted bien? Ya sé que mi francés no es corriente, no es libre... Por eso me atrevo a hablarle a usted. Me gustaría tomar unas lecciones... Todas las tardes, a eso de las seis, me concedo una hora de descanso... ¿Me haría el favor de venir en ese momento? ¿Desde mañana?

ROBINEAU

Acepta.

(GENOVEVA *hace una inclinación de cabeza.*)

SIEGFRIED

¿Espero que no me irá a dar lecciones una se
ñora muda?

ROBINEAU

Tranquilícese usted, señor. La señora vacila.

SIEGFRIED

¿Es su señora? Dispénseme en tal caso...

ROBINEAU

No, nada de eso. La señora es amiga, pero nunc
dió lecciones. Está preguntándose si sería capaz

(*Haciéndose un lío.*)

El canadiense presenta notables diferencia
con el francés. A un tranvía le llamamos en Que
bec un carro. A un gabán, una ropa.

SIEGFRIED

(*Que se ha acercado a él.*)

Y la nieve, ¿cómo se llama por allí?

ROBINEAU

¿La nieve?... Decimos: nieve... Pero ¿por qué l
nieve?

SIEGFRIED

¿Y el invierno?

ROBINEAU

¿El invierno?... Como el verano... Quiero de-

cir que las estaciones tienen el mismo nombre que en Francia.

SIEGFRIED

Pues con eso me bastará. No necesito vocabulario más exacto... Si salgo con acierto de Québec, peor para mí.

(*Con un ademán invita a* GENOVEVA *a tomar asiento. Como parezca no entender, se vuelve* SIEGFRIED *hacia* ROBINEAU.)

La vida se va volviendo tan exagerada especialidad que necesito, para descansar de ella, conversaciones amplias y sobre asuntos amplios. El Canadá francés, con sus anchos ríos y sus largas estaciones, es precisamente lo que me está haciendo falta... Y al silencio, señorita, ¿cómo le llaman ustedes en el Canadá?

GENOVEVA

(*Despacio, como si soñara.*)

¿Y en alemán?

(*Acércase él a* GENOVEVA, *que retrocede.*)

SIEGFRIED

¡Stille! ¡Silentium!

GENOVEVA

Se dice silencio.

SIEGFRIED

¡Qué abiertas, qué puras las palabras que nos llegan de un país nuevo y abierto!

ROBINEAU

Dispense. A pesar de todo, son palabras fran cesas.

SIEGFRIED

Francesas, eso es; pero en boca de ustedes ha dado un rodeo por lo desconocido. La palabr nieve nunca quiso decir en Francia tanta niev como en el Canadá. Han tomado ustedes de Fran cia un vocablo que ella apenas usaba en el añ unos cuantos días y han hecho con él un forr para su lenguaje.

GENOVEVA

Hasta mañana.

(*Muy de prisa, cuando ya* SIEGFRIED *está jur to a la puerta.*)

¡Cómo te me han vestido, Jacques!

SIEGFRIED

¿Habla usted conmigo?... Entiendo muy ma cuando habla usted tan de prisa.

GENOVEVA

¿A qué velocidad he de hablarle mañana?

SIEGFRIED

Hagamos un ensayo... Recíteme algún troz clásico. Cuando no entienda se lo diré. Calcul mos nuestra velocidad.

GENOVEVA

(*Después de reprimir un impulso para lanza*

se a él, primero despacio, luego muy de prisa, casi desfalleciendo al final.)

Cuando llegaba la primavera, cuando los primeros tilos del bulevar de San Germán abrían sus hojas, bajábamos los dos, a eso de las cinco, al café de Cluny. Tú pedías un chambéry-fraisette. A las seis te marchabas a la Acción Francesa a escribir una reseña monárquica de la sesión de la Cámara, y yo te iba a buscar a la Linterna, a las ocho, cuando terminabas la reseña socialista de la sesión del Senado. Así pasaron dos años de nuestra vida, Jacques.

SIEGFRIED

Algo de prisa. Entiendo las palabras. El sentido, no... Largo es el trozo. ¿De tragedia o de comedia?

ROBINEAU

Todos los géneros se funden en el teatro moderno.

SIEGFRIED

Hasta mañana, señorita. Estoy seguro de que encontraremos el idioma nuestro entre ese silencio único y esa palabra acelerada. Espero con alegría la hora de clase...

(Saluda con un taconazo.)

GENOVEVA

(Conteniéndose.)

¡Jacques!

EVA

(Que surge en el rellano.)

¡Siegfried!

SIEGFRIED

(Señalando a EVA, *con amplio ademán, y disculpándose con una sonrisa.)*

¡Me llaman!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Sala de trabajo en casa de SIEGFRIED, amueblada en el estilo de secesión, sustituído después en Alemania por el estilo americano. Amplio ventanal con escarcha. Nieva. Durante todo el acto se oyen en la vecindad los acordes de un piano en que se adiestra alguna virtuosa alemana. Al levantarse el telón se ve en pie, y como si esperara, al general de FONGELOY. Timbres. Sale EVA, guía al general hasta un corredor, y va a abrir.

ESCENA PRIMERA

GENOVEVA, ROBINEAU

ROBINEAU

Para la lección, señorita.

EVA

Pasaré aviso al señor consejero.

(*Sale. Silencio.* GENOVEVA *indica con un ademán el cuarto a* ROBINEAU.)

GENOVEVA

No me representaba yo así al templo del olvido.

ROBINEAU

¿Más bonita, la casa de Forestier?

GENOVEVA

Lo contrario, exactamente.

ROBINEAU

(Algo molesto, porque toda esa atmósfera alemana le tiene encantado.)

¿Qué entiendes por lo contrario? ¿Forestier no tenía sillón ni mesa?

GENOVEVA

¡Lo contrario! Los sillones eran justamente lo contrario de estos sillones, la mesa de esta mesa... La luz, lo contrario de esta luz...

ROBINEAU

Estos muebles, hija mía, son de Kohlenschwanzbader.

GENOVEVA

Hubiera apostado cualquier cosa...

ROBINEAU

Aquellos bustos, de Weselgrosschmiedvater.

GENOVEVA

No me sorprende. Y la luz eléctrica, ¿de quién es?

ROBINEAU

Pues, entonces, ¿qué te sorprende?

GENOVEVA

Hasta que entré en esta casa, y hace un minu-

to, no conseguía imaginarme vivo a Forestier. Vine con la sensación de tener que bajar a un asilo oscuro, en la penumbra; al cuarto de trabajo intermedio entre el que Forestier tenía en París y el que tendrá en los Infiernos... Llegaba para remover una momia... Bajaba a un sepulcro real... Y me encuentro con esto.

ROBINEAU

Y te encuentras con lo confortable.

GENOVEVA

La idea de lo confortable no se me ocurría al pensar en la sombra de Forestier. Mal hice, en efecto, hasta ayer, cuando seguí creyendo que viviría sin sillas, sin reloj, sin tintero... ¡Dios mío, le hacen escribir con tinta roja, a él que la aborrece! ¡Y un cigarro puro! ¡Ahora fuma cigarro puro! Y detesta el puro. Segura estoy de que le habrán obligado a las dos cosas que más le horrorizan: a salir sin sombrero y a gastar tirantes... ¡Animo, Robineau! Vamos a perturbar las costumbres de este sepulcro... Quita de aquí, lo primero, este equipo de fumador, y ponlo donde quieras.

ROBINEAU

¡Desvarías; estos accesorios son un encanto!

GENOVEVA

Prácticos sobre todo.

ROBINEAU

Eso es, prácticos. Mira: sacas el fósforo de la ardilla, rascas con él la espalda de Wotan y enciendes el cigarrillo sujeto a este vientre de cisne. Las cenizas se las echas a la Walkyria y la colilla al oso... Toda esta ronda de animales legendarios o héroes que los alemanes llaman a su servicio para la función más insignificante, después de todo, es vida. ¡Como ese friso de centauresas de cobre perseguidas por gnomos! Están vivos.

GENOVEVA

Sí, habrá que matarlos.

ROBINEAU

En todo caso, siéntate.

GENOVEVA

No; nada dentro de mí puede pactar con estos muebles. Además, está reservado el asiento. El cojín tiene una inscripción.

ROBINEAU

En Alemania está de moda el bordar proverbios.

(*Se acerca, para leer la divisa.*)

¡Habla el cojín!

Para la noche un sueño,
para el día un cojín.

GENOVEVA

¿Quién se atreve a preguntarle? Y aquel bordado, en la alfombra del velador, ¿también proverbio?

ROBINEAU

(*Leyendo.*)

«La mentira es el jockey de la desgracia.»

GENOVEVA

¿Crees que un aparador honrado, que unas honradas alfombras nuevas irían a ofrecerte por sí mismas tantos viejos residuos de la rutina humana? Ese gorjear de los taburetes, ese trinar de los estantillos, es una hipocresía; a no ser que digan verdad estos muebles, lo mismo que en Hoffman, y el aparador cante tirolesas y el cojín exprese lo que opina del trasero de las personas.

ROBINEAU

Ante todo, Genoveva, siéntate.

GENOVEVA

Precisamente cuando está callada es cuando creo entender a tu Alemania. Esta ciudad de campanarios y prisiones que anoche me enseñaste, sin más inscripciones que las manchas de la luna, ese torrente helado hasta el suelo, mudo por obligación, me dan a entender su edad, su fuerza, su lenguaje. ¿Qué estás haciendo, Robineau?

(Robineau *va colocando varios objetos en los estantes de la biblioteca.*)

ROBINEAU

Bombas tardías en estallar. Dos libros franceses que acabo de encontrar en una librería. No había mucho donde elegir. Aquí dejo un manual para la selección de alevines y truchas. Ahí, el *Mérito de las Mujeres*, de Legouvé. No diré que modifiquen con rapidez la naturaleza de Siegfried, pero los verá, los leerá... Y tú, ¿qué vas a hacer?

GENOVEVA

No sé. Pensaba pedirte consejo. El caso es grave.

ROBINEAU

Gravísimo... ¿Si empezaras por el imperfecto de subjuntivo?

GENOVEVA

No me refiero a la lección de francés. Hablo de la revelación que he de hacerle.

ROBINEAU

Eso quería yo decir... Créeme, Genoveva: diez años llevo de dar lecciones a los extranjeros más variados. Pues sean los que fueren, escandinavos, brasileños, y aunque nuestras relaciones no hayan sido nunca más que las de discípulo a maestro, basta que les explique nuestro imperfecto de subjuntivo para que nazca entre nosotros una especie de simpatía, un gozo tierno... Una o dos perfectas ternuras han nacido, Genoveva, de esos imperfectos.

GENOVEVA

No gastes bromas, Robineau. Anímame, regáñame. Hazte cargo del papel que represento. Llevo un puñal escondido entre mis ropas. ¿Qué vengo a hacer aquí, en suma? Vengo a matar a Siegfried. Vengo a apuñalar en su tienda al rey enemigo. Tengo derecho a la confidente que los dramas ponen al lado de Judith y Carlota Corday. Necesito una persona amiga de quien oír lo que les decían a ellas: que el deber es el deber, que la vida es corta; todas esas verdades que, en este país, estarían bordadas en los almohadones de Sócrates o de Dantón... ¡Dímelas tú!

ROBINEAU

Un asesinato sin herida y sin cadáver.

GENOVEVA

Exacto. Voy a hacer una herida invisible; a derramar una sangre incolora. Tengo miedo.

ROBINEAU

No precipites las cosas. El francés se enseña en veinte lecciones.

GENOVEVA

Eso es más terrible. Me aconsejan que, en vez de asesinar a Siegfried, envenene a un ser sin defensa... ¿Qué estás haciendo?

ROBINEAU

Sustituyo sus cigarrillos por mi tabaco ordinario.

GENOVEVA

Sí, ya me explicaste tu sistema, Robineau: Sustituir el peine de Siegfried por uno de París, cada mueble de esta sala por un mueble suyo de allá, cada plato de su cocina por un guiso de Francia, los campos de lúpulo por viñedos, cada alemán por un francés y, al cabo, en el día postrero, a Siegfried por Forestier...

ROBINEAU

Ese es mi método.

GENOVEVA

Yo soy incapaz de seguirlo. Al contrario. Ni valor tuve para ponerme las alhajas que él conocía o que él eligió. No abrí el perfume que a él le gustaba. La moda, por fortuna, nos da en este momento vestidos que no pertenecen a ninguna época bien definida. Jamás los modistos nos llegaron a vestir para la eternidad como en este invierno. Nunca me vió él con el pelo corto. Nunca me vi reducida, como hoy, a un cuerpo tan poco personal, a un alma tan difusa. Tengo la sensación de que no podré llegar a Forestier sino por lo menos individual, por lo más sutil que en mí haya. Movilizo cuantas ideas generales, cuantos sentimientos sin edad poseo. Y mucho temo, querido Robineau, que no hablemos tanto del subjuntivo como de la vida, de la muerte.

ROBINEAU

Pero... ¿le dirás quién es?

GENOVEVA

¿Quién es ahora? Falta saberlo. ¡Ay, Robineau, mira!

(*Le señala un retrato con marco.*)

ROBINEAU

¿Ese retrato?

GENOVEVA

¡Este retrato de mujer!

ROBINEAU

Tranquilízate. Es un cuadro...

GENOVEVA

¡Retrato querido! Es la mujer de Vermeer de Delft. ¡Ay, Robineau! Mírala, dale las gracias. Recobro la confianza al verla.

ROBINEAU

Se parece a ti.

GENOVEVA

En París, en su despacho, tenía ya una fotografía de estas. Sin duda, es el único objeto común a su vida anterior y a la de ahora, pero, siquiera uno existe. ¡Nada se ha perdido, Robineau, porque la holandesita encontró medio de llegar hasta él, a través de tanto vacío y tanta opacidad!

ROBINEAU

Te dejo. Ya tienes confidente.

GENOVEVA

(Que ha descolgado el cuadro y lo contempla.)

El marco, evidentemente, no es el mismo. El de Forestier era una moldura sencilla. Este de Siegfried me parece de asta, de marfil y de aluminio, con las esquinas de oro bajo. ¿Qué marco de alcurnia tendré que ponerme yo para llegar a su retina?... ¿Te vas? Espera un momento, trabaja. Toma estos almohadones: que ninguno hable mientras dura mi lección. Llévate esas flores. Hoy, cosecha de flores artificiales. Que los enanos agarren a las centauresas dentro del cajón. Donde pasan franceses, quedan prohibidos los esparcimientos entre gnomos y dioses.

(Apaga las luces de una araña.)

ROBINEAU

¿Para qué tanta sombra? En la sombra no hay reconocimiento posible.

GENOVEVA

¡Ay, qué pronto nos reconoceceríamos si estuviésemos los dos ciegos!

(Empuja a ROBINEAU *para que salga. Ya sola, deja en su sitio el retrato de* VERMEER, *poniéndole delante las rosas que llevaba prendidas.)*

¡Vuelve ahora, sombra de Forestier!

(Entra bruscamente, por la derecha, SIEGFRIED.)

ESCENA II

GENOVEVA, SIEGFRIED

SIEGFRIED

Buenos días, señora.

GENOVEVA

(*Sorprendida, retrocediendo.*)

Señorita...

SIEGFRIED

¿Puedo saber su nombre?

GENOVEVA

Prat... Mi apellido es Prat.

SIEGFRIED

¿Y el nombre?

GENOVEVA

Genoveva.

SIEGFRIED

Genoveva... ¿No lo pronuncio mal?

GENOVEVA

Un poco despacio. Para ser la primera vez...

SIEGFRIED

Hago el resumen... ¿Me permitirá que, de vez en cuando, haga el resumen de nuestra conversa-

ción? Por ahora es fácil. Ha sido un diálogo modelo. Resumo, en las menos palabras posibles: ¿Está delante de mí la señorita Genoveva Prat?

GENOVEVA

En persona.

(*Se sienta.*)

SIEGFRIED

¿Qué ocupaciones tenía en el Canadá?

GENOVEVA

¿En el Canadá? Teníamos... lo que todos allí... una granja.

SIEGFRIED

¿En dónde?

GENOVEVA

En el campo...

(SIEGFRIED *se ríe...*)

Cerca de una ciudad...

SIEGFRIED

¿Qué ciudad?

GENOVEVA

¿Qué ciudad? Mire, en el Canadá no se fija nadie en los nombres propios. El país es grande, pero todos tienen gente cerca. Llamábamos a nuestro lago el lago y a la ciudad la ciudad. El río... (va usted a preguntarme, de seguro, algo del inmenso río que cruza el Canadá) nadie se acuerda allí de su nombre: ¡es el río!

SIEGFRIED

Nada fácil para los empleados de Correos...

GENOVEVA

Se escribe poco. Y uno mismo lleva las cartas, en trineo.

SIEGFRIED

¿Qué hacía usted en la granja?

GENOVEVA

Lo que se hace en el Canadá. Allí nos ocupa, sobre todo, la nieve.

SIEGFRIED

Comprendido. Una granja de nieve... ¿Y éstos, sus vestidos de granjera?

GENOVEVA

Somos ricos. A veces teníamos años muy buenos, cuando el frío apretaba.

SIEGFRIED

(*Muy grave, repentinamente.*)

¿Por qué no habla usted en serio?

GENOVEVA

¿Por qué me obliga usted a forcejear en un elemento que no es el mío? No es verdad, no soy canadiense. ¿Qué más da, para nuestra lección? Sustituyamos el positivo por el negativo. No soy

canadiense. Nunca maté un grizzly..., etc... No por eso aprovechará menos mi discípulo.

SIEGFRIED

¿Quién es usted?

GENOVEVA

Hagamos el ejercicio más complicado. Adivine: nunca maté un grizzly, pero aseguran que me corto yo misma los vestidos. No hago skis, pero mi cocina es famosa.

SIEGFRIED

¿Es usted francesa? ¿Por qué ocultarlo?

GENOVEVA

¡Cuánta pregunta!

SIEGFRIED

Cierto. No soy más que una máquina de preguntar. Algo mío se agarra a todo lo extraño que pasa a mi alcance. Apenas soy, en alma y cuerpo, otra cosa que mano de náufrago... Le habrán contado mi historia.

GENOVEVA

¿Qué historia?

SIEGFRIED

Raros son los asuntos de que puedo hablar sin hacer preguntas: las contribuciones directas alemanas desde 1848 y el estatuto personal en el Imperio Germánico desde el año 1000 vienen a ser

los únicos dominios en que puedo responder y no preguntar, y me parece que no es necesario invitarla a entrar en ellos.

GENOVEVA

Ya veremos, algún domingo... Conque, pregunte.

SIEGFRIED

No hubiera debido preguntarle quién es. Con ello se lo he preguntado todo. Un nombre, y a continuación un apellido, me parecen, para todo, la única respuesta. Si llego a hacerme de nuevo con los míos, jamás contestaré de otro modo a quien me pregunte. Sí..., y soy Fulano... Sí, estamos en invierno; pero soy Fulano... Qué gusto dará decir: Nieva, pero soy Genoveva Prat.

GENOVEVA

Sería cruel si le contradijera. Pero mi parecer ¡es tan distinto del suyo! A todo ser le veo condenado a un terrible anónimo. Nombre, apellido, sobrenombre, lo mismo que grados y títulos, ¡son etiquetas tan ficticias, tan pasajeras y tan poco reveladoras, aun para los mismos interesados! Me encontrará poco amena, pero la angustia que se llega a sentir ante el soldado desconocido la siento yo, y más grande aún, ante cada ser humano, sea quien fuere.

SIEGFRIED

¡Quizá yo sólo le parezca tener nombre en este bajo mundo!

GENOVEVA

No hay que exagerar.

SIEGFRIED

Dispense mis lamentaciones. En otro momento cualquiera me hubiera complacido en ocultarle durante unos días las tinieblas en que vivo. La caricia mayor que puedo esperar de los hombres, es la ignorancia que tengan con respecto a mi suerte. Le hubiera dicho que descendía realmente de Sigfredo, que mi madrina acababa de torcerse un pie, que la tía de mi tía estaba aquí, de paso. Usted lo hubiera creído y nos hallaríamos en la calma perfecta que requiere el estudio de los verbos irregulares.

GENOVEVA

En efecto, se nos está olvidando la lección. Pregúnteme, señor consejero de Estado, ya que le gusta preguntar. Hágame las preguntas que se dirigen a la vez a las institutrices familiares y a los pasajeros desconocidos: ¿Qué es el arte?, o ¿qué es la muerte? Son ejercicios excelentes de vocabulario práctico.

SIEGFRIED

Y la vida, ¿qué es?

GENOVEVA

Esa es pregunta para príncipes rusos. Pero puedo contestarla: Una aventura dudosa para los vivos, sólo agradable para los muertos.

SIEGFRIED

¿Y para los que están a la vez muertos y vivos?

GENOVEVA

Me niego a que la lección continúe por este manual de la desolación... Más vale abrir el libro por el capítulo de la peluquería, o por los gritos de animales. ¿No le interesaría saber cómo se llama en francés el grito de la lechuza?

SIEGFRIED

Si eso le divierte en particular, vamos a ello. En usted, ciertamente, todo es sonrisa, dulzura y hasta alegría. Mas por debajo de todos estos ejercicios fúnebres de que yo estoy haciendo ostentación, usted va tendiendo, con toda cortesía, como una red de tristeza. Me dejo caer en ella para rebotar.

GENOVEVA

(*Mirándole a la cara, en tono muy grave.*)

Me mataron un novio en la guerra. Mi vida se acabó donde empezó la suya.

SIEGFRIED

La compadezco... Pero yo volvería a cambiar.

GENOVEVA

Cambiemos.

SIEGFRIED

No hable así... Si supiera cómo se maravillan mis ojos y mi corazón al sentir, por encima de

usted, en capas profundas y diferentes, esa carga de años de infancia, de adolescencia, de juventud, que me trajo al entrar en esta casa. Esa canastilla de expresiones maternales, ese haz de las primeras sonatas oídas, de las primeras óperas, de las primeras entrevistas con la luna, las flores, el océano, la selva, de que la veo coronada, ¡qué mal haría usted en cambiarla por la que le apresta lo porvenir, para tener que decir como yo, ante la noche y las estrellas, esta frase ridícula: noche, estrellas, nunca os vi por primera vez!...

(*Sonriendo.*)

Porque ¿usted les llamará de tú?

GENOVEVA

Pero esa impresión de virginidad, ¿no se la inspiran muchos sentimientos, la ambición, el poder, el amor?

SIEGFRIED

No. Nada me quita el sentimiento de que mi corazón está lleno de localidades por ocupar. No siento por mí desprecio tan grande que pueda creerme llegado a la edad que tengo, sin haber logrado mi parte de deseos, de admiraciones, de afectos. Aún no me he atrevido a dejar libres los asientos reservados. Sigo en espera.

GENOVEVA

(*Con voz conmovida.*)

No esperará ya mucho.

SIEGFRIED

Eso me digo alguna vez. El destino se empeña más que los mismos hombres en resolver los enigmas humanos. Hace que dentro de las manzanas aparezcan diamantes célebres extraviados; que reaparezcan, al cabo de un siglo de haber naufragado, buques cuya pérdida aceptó el universo. Si Dios consiente desgarrones en su libro de contabilidad, es por inadvertencia. Es terriblemente cuidadoso. Buen jaleo armará cuando eche de ver que hay dos expedientes para un solo Siegfried. Sí, cuento aún con la charlatanería incoercible de los elementos...

(*Mirándola desde lejos, con cierta ternura.*)

Y usted, humana, ¿sigue callando?

GENOVEVA

(*Muy grave.*)

Preparo una frase.

SIEGFRIED

Tiene usted razón. Volvamos a la lección de hoy... Volvamos a nosotros.

(*Acércase a ella, inclinándose.*)

GENOVEVA

Vuelve usted de lejos, pero se acerca demasiado.

SIEGFRIED

Dispense si me acerco a usted, desconocida,

como diariamente a mi imagen en el espejo... ¡Siento tal dulzura al encararme con un misterio más tierno y cautivador que el mío! ¡Tal descanso al tener que preguntarme quién es esta mujer joven, a quién quiso, a qué se parece!

GENOVEVA

A quién... Relativo femenino...

SIEGFRIED

¡Qué pronto nos volvemos adivinos cuando se trata de los demás! La veo de niña, jugando a la cuerda. La veo de muchacha, junto a la lámpara, leyendo. La veo a orillas de un estanque, con un reflejo tranquilo, de un río, con un reflejo agitado... Querida Genoveva, no todo fué alegre en su vida. La veo ya mujer, rezando en la tumba de su novio...

GENOVEVA

No... Desapareció...

SIEGFRIED

¡Oh, dispense!... ¿Era oficial?

GENOVEVA

Llegó a serlo en la guerra. Oficial era cuando desapareció, vestido con aquel uniforme azul claro, que no habían de ver los enemigos y que le hizo invisible también para nosotros... Era escritor... Era de los que preveían la guerra, de los que hubieran querido apercibir a Francia.

(*Se ha puesto en pie.*)

SIEGFRIED

¿Aborrecía a Alemania?

GENOVEVA

Hubiera sentido amor por Alemania pacífica. Estaba seguro de su derrota. Se disponía a devolverle un día su estimación.

SIEGFRIED

¿Qué decía de ella? No tenga miedo. Yo no conocí a esa Alemania. Soy un niño alemán de seis años.

GENOVEVA

Yo no sé de política.

SIEGFRIED

¿No será por sencillez suya?

GENOVEVA

Decía, si recuerdo bien, que Alemania es un gran país, industrioso, ardiente; un país de fuerte resonancia poética, en donde la cantante que desafina llega tan a menudo al corazón como en otros climas la cantante que está a tono; pero un país brutal, sanguinario, duro para con los débiles...

SIEGFRIED

¿Le contaba la juventud de este pueblo, milenario dos veces, el vigor de este arte supercultivado, la vida concienzuda de esta masa que llaman hipócrita en todas partes, los hallazgos en el alma y en el arte de este pueblo sin gusto?

GENOVEVA

Decía... (¡oh!, muchas cosas buenas a veces: adoraba las tres notas del canto de las hijas del Rhin, amaba vuestro amor por Alemania), decía que a Alemania, en este siglo, cuya favorita era, le faltó ser sencilla, concebir con sencillez su existencia. En vez de seguir los instintos y consejos del suelo, del pasado, decía que por tener una ciencia pedante y unos príncipes megalómanos, se había forjado de sí misma un modelo gigantesco, sobrehumano, y en vez de dar, como tantas veces, nueva forma a la dignidad humana, no dió nueva forma esta vez sino al orgullo y la desventura. Esto decía Jacques, y acusaba también a Alemania como acusadora de todos.

SIEGFRIED

¿Le decía que nosotros, los alemanes, la acusamos de otras cosas encima, y que casi siempre la verdad sobre Alemania de ella ha salido? De esta guerra espantosa, ¿le descubrió las causas verdaderas? ¿Se la explicó en su aspecto implacable, como hay que hacerlo, como estallido de un corazón recalentado y apasionado? ¿Le habló de la demencia amorosa, de las bodas de Alemania con el globo, del amor casi físico del universo, que impulsaba a los alemanes, más que a otro pueblo cualquiera, a enamorarse de su fauna y su flora, a tener las más hermosas casas de fieras, los exploradores más atrevidos, los telescopios de mayor calibre, a amarle hasta en sus minerales

y esencias? La fuerza que los alemanes desperdigaban en cada continente, de donde se exhalaba en seguida el humillo del asado de oca, pero también la voz de las sinfonías, ¿se lo explicó lo bastante como migración de abejas, de hormigas, como éxodo nupcial, Jacques, su amigo?

GENOVEVA

¡Jacques! ¿Sabe usted su nombre?

SIEGFRIED

Acabo de oírselo... Hábleme de Jacques... Me gustaría saber su nombre completo. ¡He tenido aún a tan pocos extranjeros por camaradas! Déjeme hallar uno en lo pasado, en mi viejo dominio. ¿Se llamaba?...

GENOVEVA

(*Mirándole a la cara.*)

Forestier.

SIEGFRIED

¿Fo o Fa?

GENOVEVA

Fo... Como forestal.

SIEGFRIED

¿Cómo era?

GENOVEVA

Alto, castaño, sonriente. Con estas tres palabras se hace un retrato de él tan exacto, que le reconocería usted entre mil.

SIEGFRIED

¿Tiene retrato suyo?

GENOVEVA

(*Después de una vacilación.*)

Sí, lo tengo.

SIEGFRIED

¿En el hotel?

GENOVEVA

No, conmigo...

(*Se ha oído llamar.* EVA *abre bruscamente la puerta.*)

EVA

El mariscal le llama, Siegfried. Urgente.

(SIEGFRIED *se excusa con una sonrisa, saluda y sale.*)

ESCENA III

GENOVEVA, FONTGELOY

(GENOVEVA *permanece un minuto sola, desamparada, de frente al público.* EL GENERAL DE FONTGELOY *entra calladamente por el fondo. Al ruido de las espuelas,* GENOVEVA *se vuelve.*)

FONTGELOY

Y a mí, Genoveva Prat, ¿me reconoce?

(GENOVEVA, *le mira en silencio.*)

¿No me encuentra usted el aire de familia?

(GENOVEVA, *le mira.*)

Alto, moreno, francés, sin acento...

(*La coge, con cierta brutalidad, de las manos.*)

Ea: ¿quién soy?

GENOVEVA

Un ayudante prusiano.

FONTGELOY

¡Error! ¡Error! Un hidalgo francés.

(GENOVEVA, *le mira.*)

Soy otro Forestier, u otro Siegfried, a su elección. Pero un Siegfried que ha podido conservar nombre y memoria. Memoria segura. Desde hace dos siglos y medio, intacta.

(*Da un taconazo.*)

Jacques de Fontgeloy, cuyo antepasado fué el primer protestante arrojado de Francia por Luis XIV, y general de la brigada de húsares de la muerte.

GENOVEVA

¿Húsares de la muerte? ¿Existe todavía eso?

FONTGELOY

Aquí tiene a su general, y su patrona no está lejos nunca.

GENOVEVA

Tan indiferentes para mí el uno como la otra.

FONTGELOY

Crea, señorita, que nada tiene que temer ni del

uno ni de la otra. Vengo sólo a rogarle que se vaya sin esperar a que vuelva Siegfried. Nada de discusión. Llega tarde para arrebatárselo a Alemania. Como si quisiera arrancar de ella a los Fontgeloy.

GENOVEVA

Es halagüeño para mi país que con tal intransigencia se disputen lo que pudo caérsele.

FONTGELOY

¿Caérsele? No se le cayeron los Fontgeloy. Los echaron, los despidieron de su servicio de franceses. Una mañana, mi abuelo recibió la orden de abandonar, antes de las ocho, sus tierras, sus honores, a su familia. No aceptó el plazo de lacayo que se le daba. Se marchó en seguida, pero una vez pasada la frontera, aquella misma noche, mató a dos merodeadores, guardias del rey, compatriotas suyos por la mañana.

GENOVEVA

Y sus nietos no se han quedado en Alemania por ataque de amnesia.

FONTGELOY

Usted lo ha dicho. Es la memoria. El recuerdo del despotismo, de la inquisición; la repugnancia por vuestra burocracia de esclavos y por todos los tiranos cuyos nombres recordáis por orden, servilmente.

GENOVEVA

Sí, los recuerdo: Loubet, Fallières...

FONTGELOY

Abreviaré. Mi abuelo plantado en la frontera, recibía a todo desterrado francés; lo enviaba, según sus cualidades, a la ciudad prusiana que carecía de notario, de burgomaestre o de agrimensor, y fortificaba los puntos débiles de Prusia. Una plaza vacía quedaba. El llamado a ocuparla fué hallado ya y no ha de marcharse. El consejo de mi asociación me ha encargado que se lo diga. Se quedará, o morirá...

GENOVEVA

¿Otra vez?

FONTGELOY

Ni a Alemania ni a Francia les importa ya, desde hace diez años, la vida de un hombre. Y ahora, señorita, sígame, si quiere evitar a Siegfried alguna desgracia. Tengo orden de expulsarla, con su amigo el filólogo, detenido ya por mis hombres, y que para engatusarlos, se les queja en alto sajón del siglo XIII.

GENOVEVA

(*Sentándose.*)

¿Hay mucha gente, como usted, en Alemania?

FONTGELOY

¿No es alemana y le gustan las estadísticas?

El 1.° de agosto de 1914, sólo en el ejército prusiano, descendientes de desterrados o emigrados franceses, éramos catorce generales, treinta y dos coroneles y trescientos oficiales. Hablo de los hidalgos. También hay en Intendencia bastantes Dupont.

GENOVEVA

No sospechaba yo en las guerras francoalemanas ese interés de guerras civiles.

FONTGELOY

¡Guerra civil! Desde Luis XIV, sólo en invasión hemos ido a Francia. Ya volveremos. No desespero de acantonarme un día en el castillo de Fontgeloy, que aún subsiste, según parece, en las cercanías de Tours.

GENOVEVA

Subsiste... En el camino de Chenonceaux...

FONTGELOY

Ahórrese la descripción.

GENOVEVA

Todo rosas, aristoloquios, jazmines. Usted falta.

FONTGELOY

¿Aristoloquios? ¿Qué palabra es esa?

GENOVEVA

Palabra secreta con que se reconocen los franceses del siglo xx.

FONTGELOY

¿Por qué me mira así?

GENOVEVA

Le estoy viendo desnudo.

FONTGELOY

¡Descoco francés!

GENOVEVA

Dispense. Deje por un momento sus historias de desterrados y emigrados. No le interesan más que a usted. Yo soy escultora, señor de Fontgeloy. El cuerpo humano es mi modelo y mi biblia, y debajo de su guerrera reconozco, efectivamente, el cuerpo que los estatuarios damos a Racine y a Marivaux... Mi raza, mi raza de cortesía, fué tallada por ese maniquí de odio, de audacia, y si me permite hablar brutalmente por primera vez en mi vida, de brutalidad... Franceses son su frente, sus dientes de lobo. Su rudeza misma es francesa... Ea, no hay que obstinarse en creer que la patria fué siempre dulzura y terciopelo... Pero eso me da mayor estimación para los dos siglos que usted ha dejado de conocer. Ellos vistieron a Francia...

(Suena el teléfono. Un cañonazo.)

FONTGELOY

(Reflexionando en voz alta.)

Primero el cañón.

(Va a la ventana. Nada. Se dirige al teléfono.)

¿Censura? ¿Qué censura? ¿Avance a discreción? ¿Qué avance a discreción? ¿Guerra? ¿Qué guerra?

(*Otro cañonazo. En tanto que* FONTGELOY *deja el auricular, entran el general* VON WALDORF *y el general* LEDINGER. *Largos capotes.*)

ESCENA IV

GENOVEVA, FONTGELOY, GENERALES WALDORF (Infantería) y LEDINGER (Artillería)

WALDORF

No es guerra, es revolución, Fontgeloy.

FONTGELOY

¿Comunistas?

WALDORF

No: Zelten.

FONTGELOY

¿Qué broma es ésa?

WALDORF

Zelten acaba de tomar por asalto la Residencia y el Poder.

LEDINGER

¿El Poder? Manera de hablar. Me pregunto dónde se halla un poder a estas horas en nuestro país.

WALDORF

Ahórrenos ingenio, Ledinger. Tiene poder, en

todo caso, para meternos presos, y estamos en la lista. Abajo tengo un automóvil seguro. Siegfried está telefoneando a Berlín, y en cuanto haya terminado nos iremos a Coburgo, en donde se acantona mi brigada, y atacaremos esta misma noche.

FONTGELOY

Pero ¿qué tropas tendrá Zelten?

LEDINGER

Las tropas de las revoluciones llamadas liberales. Gendarmería, guardia de seguridad, bomberos, todos los encargados del orden, con fuerte oficialidad esta vez de cocainómanos y cubistas.

WALDORF

Por favor, Ledinger. Los que, como usted, se han criado en cierto estado mayor, tienen una tendencia insoportable a poner en solfa los más graves acontecimientos.

LEDINGER

Dispense usted, Waldorf; en este momento no se trata de estado mayor.

WALDORF

De estado mayor se trata siempre.

LEDINGER

No sé adónde va usted a parar.

WALDORF

Eso les ocurre a ustedes harto a menudo en artillería, aun con los de infantería como yo. Lo que quiero decirle, Ledinger, es que no estaríamos a estas alturas si nuestro Ejército hubiera tenido en el decisivo instante un jefe de estado mayor distinto del que le enseñó esos donaires.

LEDINGER

¿Le tendrá usted por incapaz?

WALDORF

No. Supo ganar en el terreno batallas que otro cualquiera hubiera perdido hasta en la carta. Y viceversa, por supuesto.

LEDINGER

¿Sería cobarde?

WALDORF

La bravura personificada. Le he visto negarse a que el propio Schlieffen le derrotara en las maniobras de Silesia.

LEDINGER

Pues ¿qué vicio tenía para caerle en desgracia?

WALDORF

Su vicio: una mala definición de la guerra. La guerra no es tan sólo asunto de estrategia, de municiones, de audacia. Es, ante todo, asunto de definición. Su fórmula es una fórmula química

que, por anticipado, la consagra al éxito o la condena.

LEDINGER

Ese es mi parecer, Waldorf, y la definición de mi maestro está bien probada. Ella salvó a Federico de los rusos y a Luisa de Napoleón. La pronuncio cuadrándome: La guerra es la nación...

WALDORF

¡Por esa fórmula se perdió la guerra!... ¿Qué entiende usted por nación? ¿Una mescolanza, sin duda, de granaderos de Potsdam y caricaturistas de periódico socialista, húsares de la muerte y empresarios de cine, príncipes nuestros y judíos nuestros?

LEDINGER

Entiendo por nación lo que en la nación piensa, trabaja y siente.

WALDORF

¿Por qué no estira la fórmula hasta el punto extremo y dice: la guerra es la Sociedad de Naciones?... Poco menos ridícula vendría a ser. ¿Su definición? Es el compromiso del Estado Mayor general con las clases subalternas del país. ¿Lo que proclama? Un derecho democrático a la guerra. Es el sufragio universal de la guerra para todos los alemanes. Con ese halago han conseguido ustedes llamar a toda la nación a dirigir una empresa que debería estar en nuestras manos, a

hacérnosla solidaria; han hecho una guerra por acciones, con sesenta millones de acciones, a costa de poder dirigirla. Ese es el peligro de las asambleas generales. En cambio, ¡qué éxito se nos preparaba con la fórmula de mi maestro y de mi escuela!... Ya la conoce usted; la ha leído como epígrafe en todos nuestros manuales secretos; basta pronunciarla para que cada uno de nosotros, en cualquier tiempo, militar o paisano, se persuada de su honor y de su utilidad perpetua: la Guerra es la Paz...

FONTGELOY

Está usted equivocado, Waldorf. Yo estimo, ciertamente, las cosas grandes llevadas a cabo por su maestro, aunque se haya creído en el deber de otorgar al tren de campaña la trabilla de los húsares. Aprecio lo que tiene de sana y tranquilizadora su definición; con la idea de distinguir entre el grado de paz y el de guerra, nunca tuvo roce ningún Estado Mayor, créame. Pero yo sólo conozco una palabra igual a la palabra guerra que pueda hacerle contrapeso en una definición. Una sola digna y capacitada para representar a ese gigante y asegurarle su publicidad, y esa es, Waldorf, la contenida en nuestra definición, la fórmula que no les falló ni a nuestros grandes electores, ni a Bismarck, y es para el combatiente, a la vez que precepto moral, consejo práctico de cada hora y circunstancia: ¡La Guerra es la Guerra!

(*Cuadrándose.*)

WALDORF

¡Error! ¡Error! Eso es repetir. Es como si dijera que el general de Fontgeloy es el general de Fontgeloy.

FONTGELOY

¡Exacto! Y en la definición que tiene usted la bondad de hacer de mí nada se repite, bien lo sabe usted, pues quiere decir, en boca suya: este hombre inteligente, ya que es general, es un ser estúpido, ya que no es del verdadero Estado Mayor.

UN CRIADO

(*Entrando.*)

El consejero Siegfried aguarda a su excelencia abajo, en la antecámara.

FONTGELOY

(*A* GENOVEVA, *en tono duro.*)

El silencio es el silencio, señorita.

GENOVEVA

Y la muerte, la muerte, ¿no es verdad?

FONTGELOY

Exacto.

(*Salen.*)

ESCENA V

GENOVEVA, SIEGFRIED

(*Durante toda la escena,* GENOVEVA, *angustiadísima, mira involuntariamente hacia el fondo, por donde asoma, de vez en cuando,* FONTGELOY. SIEGFRIED, *abre la puerta; traje de viaje. Entra sin hacer ruido.*)

GENOVEVA

¿Se le olvidó algo?

SIEGFRIED

¿Verdad que parece que se me olvidó algo, a propósito, como quien se deja un paraguas para volver a buscarlo?

GENOVEVA

Está nevando. No sé de nada que proteja contra la nieve.

SIEGFRIED

Su predicción resulta cierta. La revolución ha estallado. Mi porvenir ha roto de repente su dique, y por fin, me alejo del pasado por vez primera... No me guarde rencor si me dejé aquí de propósito, para volver a verla, mi valor, mi confianza, mi voluntad.

GENOVEVA

¡Dejarse tres paraguas! ¡Bien hace las cosas!

SIEGFRIED

(*Colocado frente a ella, contemplándola.*)

¡La estoy volviendo a ver!

GENOVEVA

¿Tanto cambié en un cuarto de hora?

SIEGFRIED

¡La estoy volviendo a ver! Todo lo que hace un momento no había visto en usted, ni había visto en nadie; los labios tristes que al sonreír ofrecen tristeza hasta morirse; la frente un poco inclinada, en lucha con la luz como carnero contra carnero, todo lo vuelvo a ver... ¡Hábleme!...

(*Un cañonazo.*)

GENOVEVA

Voces más fuertes le llaman.

SIEGFRIED

Eso no me suena a llamada. ¡Para un hombre conmovido, un cañonazo es el eco natural de su corazón!

(*La mira e intenta cogerle las manos.*)

¡Suaves manos! ¿Qué tocáis para estar tan suaves?

GENOVEVA

(*Desasiéndose.*)

Tierra, barro: soy escultora.

SIEGFRIED

Está nevando. El destino va buscando excusa, desde hace algún tiempo, y envuelve las revoluciones en nieve. Moscou, Pert, Munich, nieve por todas partes. Con nieve se lava las manos Pilatos ahora. Un sajón camina hoy tan silencioso como la muerte. Muy espesa tiene que ser la capa para que yo no oíga desde aquí las espuelas de mis tres generales.

GENOVEVA

Le aguardan... Adiós.

SIEGFRIED

(*Acercándosele.*)

... ¿Por qué no puedo contestarla?

GENOVEVA

¿Hice alguna pregunta?

SIEGFRIED

Todo en usted es pregunta, aparte de su boca y sus palabras. En la puntuación tímida que son, en torno a incomprensibles frases, los pobres seres humanos, ya Eva me agradaba. Es un punto de admiración; da sentido generoso o enfático a los muebles, a los paisajes en que se la ve. Usted, su calma, su sencillez, son pregunta. Pregunta es su vestido. Quisiera verla dormida... ¡Qué pregunta urgente será la de su sueño!... Para esa instancia de su ser no habría más respuesta digna

que una confesión, un secreto, y no tengo ninguno.

GENOVEVA

Adiós.

SIEGFRIED

Pero... puede que sí lo tenga. El secreto más leve que llevó consigo criatura en el mundo.

GENOVEVA

No me lo diga.

SIEGFRIED

Hasta esa prohibición es en usted pregunta... Sepa, pues, mi secreto, ya que lo exige. No es nada... Pero es la única partícula mía que aún pueden ignorar mis amigos, y Eva, y el presidente del Reich, y cada uno de los sesenta millones de alemanes... Nada... Una palabra...

GENOVEVA

Adiós.

SIEGFRIED

Sí, me quedo... La única palabra, entre todas las de mi lengua de hoy, que me parece venir de mi pasado. Cuando la oígo, y ya verá usted si es insignificante y hasta ridícula, mientras las demás, las más hermosas, las más sensibles, sólo alcanzan al ser flamante y nuevo que soy ahora, esa palabra me toca en el corazón y en sentidos desconocidos. En mi corazón antiguo, sin duda. Un ciego cara al sol, ha de sentir esta angustia, este alivio...

GENOVEVA

¿Un nombre propio?

SIEGFRIED

Ni siquiera un nombre común. Es un simple adjetivo. El demonio de mi vida pasada sólo pudo lanzar un adjetivo a la nueva. Es modelo de epíteto insignificante, común, casi vulgar, pero es mi familia, mi pasado, lo que había de insoluble dentro de mí. La palabra que me acompañará en la muerte. Mi único equipaje...

GENOVEVA

Váyase... Llegan.

SIEGFRIED

(Vuelto hacia el público, medio cerrados los ojos.)

La gente, la gente mezquina la suele decir de noche, sin fijarse, en la calle. Para mí como si hicieran juegos con llama. Casi todo escritor la evita, pero Goethe, por fortuna—es el jefe, ya se ve—la emplea a cada paso. Se lo echan en cara los críticos, lamentando esos agujeros de insignificancia en su obra. Yo, cuando la palabra aparece, creo ver la carne de Mignon a través de sus harapos, la carne de Elena por entre su púrpura. Es la palabra... demasiado ligera para mí... Dios mío, qué insignificancia, va a darle risa... la palabra: «encantador».

(Repite, con los ojos cerrados.)

«Encantador».

GENOVEVA

Me estoy riendo.

SIEGFRIED

(Volviéndose hacia ella.)

Eso quería decirle, Genoveva. Quizá el haber tenido valor para decirle esta milésima de secreto sea un secreto entero. Deme la mano.

(La besa.)

La palabra tiene femenino, Genoveva, lo estoy descubriendo: Mano encantadora...

GENOVEVA

Váyase.

SIEGFRIED

Gracias. ¡Adiós!

TELÓN

ACTO TERCERO

Decoración del primer acto. UN SCHUPO de centinela ante una puerta cerrada. EL SARGENTO de ronda le grita desde lejos el santo y seña.

ESCENA PRIMERA

EL SARGENTO

¡Sieg!

EL SCHUPO

¡Fried!

(*Deja su posición de firmes y señala a la puerta.*)

Ahí tengo al prisionero, mi sargento.

EL SARGENTO

La consigna ante todo.

EL SCHUPO

(*Volviendo a su posición de firmes.*)

¡A la orden!

EL SARGENTO

¡Caso de incendio!

EL SCHUPO

¡Número 7! Coger el hacha de armas. Cortar el gas. Evacuar a las mujeres.

EL SARGENTO

¡Caso de parto!

EL SCHUPO

¡Número 22! Tomar fusil y bayoneta. Pensar en las grandezas de la procreación. Evacuar a los hombres.

EL SARGENTO

¡Caso de guerra civil!

EL SCHUPO

¡Número 1! Tomar granadas y balas explosivas. Pensar en las grandezas del poder constituído. Evacuar de la calle a todo ciudadano.

EL SARGENTO

¡Conciudadano!

EL SCHUPO

¡Conciudadano!

EL SARGENTO

Bien está. ¡Descansen!... ¿Y qué, te relevan?

EL SCHUPO

¡No, mi sargento, nada de relevo! He tenido la suerte de hacer prisionero al jefe de la revolu-

ción... Le custodio hasta el final... Su cabeza está pregonada.

EL SARGENTO

Si sólo te pedían la cabeza vas a ponerles en un apuro con lo demás... ¿En dónde le pescaste?

EL SCHUPO

¿Dónde se va a pescar a los reyes? En palacio, en la escalera de servicio.

EL SARGENTO

Debiste llevarle al cuartel general, no traerle a casa de Siegfried.

EL SCHUPO

Busqué en mi reglamento y no trae consigna para el caso de arresto de un rey... Luego, el cuartel general está aquí. Desde ayer todas las órdenes salen de esta casa. El propio Zelten me pidió que le llevara adonde Siegfried. Tiene que hacerle revelaciones, según me ha dicho... Me he negado a que tome nada. *(De memoria):* Número 12: El hambriento habla más fácilmente.

EL SARGENTO

¿No intentó sobornarte?

EL SCHUPO

Sí. Para que telefonee al Hotel Regina y que venga en seguida una maestra canadiense.

EL SARGENTO

¿Telefoneaste?

EL SCHUPO

No. Aquí están el nombre y las señas.

EL SARGENTO

Hiciste mal. Debe de ser la cómplice. Dame. Voy a telefonearle yo y la cogemos en la trampa. De seguro hay un premio para quien ponga en claro el papel del Canadá en las revoluciones alemanas.

EL SCHUPO

Cuidado... ¡Su excelencia!

EL SARGENTO

Consignas... ¡Caso de fusilamiento de un condenado a muerte!

EL SCHUPO

¡Número 2! Colocarse a ocho pasos. Pensar en las grandezas del deber militar. No cerrar los ojos. Tirar aunque sea mi compañero.

EL SARGENTO

¡Mi hermano!

EL SCHUPO

¡Mi hermano!

EL SARGENTO

¡Descansen!

ESCENA II

SIEGFRIED, EVA

SIEGFRIED

(*Al* SCHUPO.)

Amigo, le mandan descansar. No esté con el arma al brazo.

EL SCHUPO

Delante de vuecencia no es posible hacer otra cosa. Es lo natural.

SIEGFRIED

(*Al* SARGENTO.)

¿Y para usted también es lo natural?

EL SARGENTO

Es lo que el reglamento dispone para aclamar a vuecencia. Estamos aclamándole.

(*Silencio.*)

SIEGFRIED

Bueno, ya les oí, amigos... Pasen a la otra habitación. ¿Está bien el prisionero?

EL SCHUPO

Muy bien, vuecencia. Tiene hambre.

SIEGFRIED

Tráiganle en cuanto lleguen los generales.

EL SCHUPO

Quería hablar a solas con vuecencia. Para lo de las revelaciones.

SIEGFRIED

Esperaré a los generales...

(*Vanse* LOS SCHUPOS.)

EVA

No esperes a los generales, Siegfried, súbete a descansar. Estás sin dormir desde ayer.

SIEGFRIED

¿Conoces descanso mayor que estar contemplando una ciudad a esta hora del poniente, en que la actividad de cada ser, su angustia y su esperanza, chocan con el tope más suave, con la noche? Mira... Las primeras luces se encienden... Ya es una luz, y no una sombra, lo que señala cada lugar de misterio, de trabajo, de sufrimiento o de tranquilidad.

EVA

Descansa, Siegfried. Ya acabó la jornada.

SIEGFRIED

¿Por qué tanta impaciencia? Esta es, en verdad, la primera jornada de mi vida en que me siento

apaciguado, casi feliz. En esta penumbra, en est
barullo de sentimientos, confundo la copa de l
porvenir con la de lo pasado. Déjame por un momento el beneficio de mi equivocación de prenda
¡Es para mí tan raro el preferir la voz de est
sombra a la nada, al sueño!

EVA

Te estás cayendo de fatiga.

SIEGFRIED

De buena fatiga. La fatiga del que remató a gusto su jornada de trabajo, la fatiga del albañil, del labrador, no la que suelen experimentar los hombres de Estado, la del jugador tras una noche de juego... Hasta hubiera querido tener, como un labrador, mi clase nocturna: dar mi lección de francés, pasar a otro idioma, como un líquido abrasador a otro vaso, todos mis pensamientos de esta noche, para que se entibien... Pero ¿está aquí todavía Genoveva Prat?... Has de mandar a buscarla mañana.

EVA

Subamos, ea. Tu cuarto está ya dispuesto.

SIEGFRIED

Olvidas que tengo que oír a Zelten.

EVA

¿Para qué? Su suerte ya está decretada.

SIEGFRIED

¿Decretada?

EVA

¿No hubo Consejo de guerra esta tarde? Los generales, ¿no le han condenado a muerte?

SIEGFRIED

El Senado revocó la sentencia.

EVA

Pues lo juzgaron con arreglo al Código. Hasta le nombraron defensor de oficio.

SIEGFRIED

¿Qué defensor?

EVA

Fontgeloy.

SIEGFRIED

¿Y no le han condenado más que a muerte? No. El Senado le destierra. Tengo la misión de darle salida.

EVA

Tú eres jefe de Estado, no jefe de estación.

SIEGFRIED

(*Acercándosele.*)

¿Parece que te inquieta el que yo vea a Zelten?

EVA

Me irrita. Siempre hallé de mal gusto las con-

frontaciones de vencedor y vencido. Además, es hacerle demasiado honor a Zelten. No personifica siquiera lo que tú domaste hoy el espíritu alemán de inquietud y rebeldía. Personifica, cuando más, el cubismo, y de seguro el alcohol.

SIEGFRIED

Así hablará más fácilmente, y tiene que hablarme.

EVA

¿Esperas algo de él, que no sea insultos y calumnias?

SIEGFRIED

Puedes tener la seguridad de que, sea cual fuere su elocuencia, no me hará participar de su opinión acerca de mí.

EVA

¿Y acerca de mí?

SIEGFRIED

¿De ti?

EVA

Sí, de mí. Sé que quiere desconceptuarme a tus ojos. Siempre tuvo celos de nuestra amistad, de nuestra unión, y conoce toda mi vida.

SIEGFRIED

Luego ¿tienes razones para temer a la maledicencia?

EVA

¡Qué no puede hallar la maledicencia en treinta años de vida!

SIEGFRIED

En veintiocho, Eva.

(*Se le acerca sonriendo, a pesar de todo.*)

Muy poderosa razón ha de haber para que una mujer le sacrifique no sólo el cuidado de su honra, sino dos años de su edad... Estás mintiendo, Evita. Tan bien conozco tu pasado como ignoro el mío... Zelten no quiere hablarme de ti... Estarías menos inquieta... ¿De dónde sale esa inquietud? ¿Por qué has de mentirme?

(*Entra* El Schupo.)

EVA

Ya ves cómo sé mentir.

EL SCHUPO

Los generales, excelencia.

SIEGFRIED

Que suban inmediatamente.

(*Vase* El Schupo.)

EVA

Por primera vez, entre tú y yo, Siegfried, soy yo la que pide y no la que da... Te lo suplico, no

veas a Zelten... Obedéceme sin preguntar nada, como hace siete años, cuando yo te enseñaba a desconfiar de las tormentas que nunca habías visto, a no buscar refugio bajo los árboles demasiado altos. He conservado el don de prever la tormenta... Evitemos la que se acerca... Pobres criaturas humanas, no queramos convertirnos en pararrayos... No esperes en pie... Ve a acostarte... Duerme... y ten confianza.

(*Vuelve* EL SCHUPO *y da paso a los generales.*)

ESCENA III

WALDORF, LEDINGER, EVA, SIEGFRIED, luego ZELTEN

WALDORF

Nos dicen que hay que juzgar de nuevo a Zelten, excelencia. ¿Consejo de guerra o Corte marcial? Soldado, un tapete para esta mesa y tres tinteros, si es Consejo de guerra.

SIEGFRIED

No es Consejo de guerra.

WALDORF

Pues si es Corte marcial, un tintero para el presidente, un lápiz azul para el vocal primero y un lápiz rojo para el segundo.

SIEGFRIED

Ya no es usted juez, Waldorf. Voy a anunciar

a Zelten la decisión del Senado, que le destierra... Prefiero cumplir el encargo en presencia de ustedes...

(*Al* Schupo:)

Que entre el prisionero.

(El Schupo *da entrada a* Zelten. *Pálido. Vestimenta ajada. Ve a los generales.*)

ZELTEN

¡Oh! ¡Oh! Se ve que soy poco temible. ¡La última ola de asalto es toda de generales!

WALDORF

¡Cállese!

ZELTEN

Nunca existió más que un remedio para la charlatanería de los vencidos: la matanza. Si no hubiera vencedores débiles, la literatura antigua y la moderna estarían aliviadas en dos tercios de su contenido.

EL SCHUPO

¡Silencio! ¡Su excelencia habla!

ZELTEN

Ya escucho.

SIEGFRIED

(*Con cierta solemnidad.*)

Voy a ser conciso, Zelten. El Senado ha tenido bien considerarle como irresponsable. Propuse

que se le internara de por vida en una casa de salud; pero hay quien le agradece el haber evitado con su valor, esta mañana, matanzas inútiles. La pena es de destierro. Saldrá en este momento mismo, sin escolta, para París, si quiere.

ZELTEN

Gracias, en nombre de París, por la preferencia... ¿Y con qué título le han encargado de la misión? Siempre me han gustado las formalidades...

SIEGFRIED

Con el título más sencillo, con el título de alemán.

ZELTEN

No es título sencillo, sino considerable, y no lo tiene quien quiere. ¿Verdad, Eva?

SIEGFRIED

La señorita Eva no tiene nada que ver entre nosotros.

ZELTEN

Se equivoca en eso; tiene mucho que ver.

SIEGFRIED

Le prohibo la más leve palabra en contra suya.

ZELTEN

¿En contra suya? Nada tengo que decir contra ella. Antes al contrario, la admiro por haber sa-

crificado su juventud y su conciencia a lo que cree ser Alemania.

SIEGFRIED

Basta ya. Puede marcharse.

ZELTEN

¡Oh! ¡Nada de eso! Quiero marcharme con arrogancia. Hoy es el día de mi abdicación. Esta ceremonia me ha parecido siempre más conmovedora que las consagraciones, en la historia. Deseo experimentar la humillación y la grandeza de que una abdicación es capaz.

SIEGFRIED

Guarde sus desplantes para los cafés de París, en que se ha formado del país nuestro idea tan lamentable y bufa.

ZELTEN

Dentro de un instante reconocerá usted que yo era merecedor de una despedida algo más solemne... Sí, Siegfried, dentro de una hora no estaré en Gotha ya; pero no haría usted bien en creer que me echa de ella, ni Alemania tampoco. Persisto en creer que los verdaderos alemanes todavía sienten el amor de los reinos pequeños y las pasiones grandes. Tenía yo preparados, acerca de este punto, hermosos manifiestos con que esperaba tapar sus carteles sobre céntimos adicionales y creación de prefecturas, pero también me falló la última arma: el engrudo. Lo que me ex-

pulsa de mi patria, lo que ha provocado la resistencia del imperio y el apoyo que a usted le dió, no es su espíritu resuelto, ni sus órdenes, por geniales que sean: son dos telegramas dirigidos a Berlín e interceptados por los míos. Aquí están. Hágame el favor de leer el primero, Waldorf.

WALDORF

(*Después de consultar con la mirada a* SIEGFRIED.)

Morgan Rockefeller a Presidente Reich. Si Zelten mantiénese Gotha, anulamos contrato fosfato artificial.

ZELTEN

Y aquí está el segundo. Procedente de Londres.

LEDINGER

Para el señor Stinnes. Si Zelten alcanza poder, provocaremos alza marco.

ZELTEN

Y nada más... He aquí dos amenazas que corresponden a las excomuniones de otros días y que han levantado contra mí al Centro y a los católicos. El fosfato artificial: esta es nuestra Canossa... No he llegado a interceptar radios, concebidos en estos términos: Si Zelten es presidente, músicos alemanes anulan sinfonías Beethoven... Si Zelten es regente, filósofos alemanes incapacitados adelante definir imperativo cate-

górico... Si Zelten es rey, estudiantas alemanas negaránse coger mirtilos oyendo canto mirlo... No insisto más. Hice el último esfuerzo para impedir que Alemania se convierta en sociedad anónima y he fracasado; cálmese, pues, nuestro Rhin, agitado un momento, bajo el aceite mineral... Y ahora, Siegfried, hablemos nosotros. Aleje a esos generales.

SIEGFRIED

No. Son mis testigos.

ZELTEN

Efectivamente. Con sus bandas, parecen llamados a una inspección ocular. Vienen a pillarme en flagrante delito de adulterio con Alemania. Sí, me acosté con ella, Siegfried. Aún estoy lleno de su perfume, de ese olor a polvo, rosas y sangre que despide en cuanto se toca a su trono más chico; goce de todo lo que da a sus amantes, del drama, del poderío en las almas. Usted no conseguirá nunca de ella más que júbilos de comicio agrícola, delirios de mutualidad, lo que tiene para sus criados... Aleje a esos militares. He de hablarle a solas.

SIEGFRIED

No tengo humor ni derecho para concederle un aparte.

ZELTEN

Pues que se queden, y usted será quien pierda. Por lo demás, está en el orden. Cuantas veces la

fatalidad se prepara a reventar en un paraje de la tierra, lo rellena de uniformes. Es su manera de congestionarse. Cuando Edipo tuvo que saber que tenía por esposa a su madre, que había dado muerte a su padre, se empeñó en reunir en derredor suyo a todos los oficiales superiores que se hallaban en su capital.

WALDORF

¡Nosotros, Zelten, somos oficiales generales!

LEDINGER

¿Corto ya esta comedia, excelencia?

ZELTEN

Mírele a Eva a la cara, y verá que esto no es comedia. La palidez de los labios, la minúscula arruga transversal en la frente de la heroína, las manos que se aprietan sin amistad, como manos extrañas: en eso se reconoce la tragedia. Estamos en el momento en que hasta los maquinistas se callan, y el apuntador apunta más bajo, y los espectadores, que lo han adivinado todo, naturalmente, antes que Edipo, antes que Otelo, se estremecen al pensar que van a decirles lo que saben desde toda la eternidad... Hablo de los espectadores no militares, porque ustedes no habrán adivinado nada, ¿es cierto, Waldorf?

WALDORF

¡Llamen a la guardia!

SIEGFRIED

(*Adelantándose.*)

No. Que hable.

ZELTEN

(*Volviéndose* a SIEGFRIED.)

¡Él adivinó ya!...

EVA

No le oigas, Siegfried. ¡Es mentira!

ZELTEN

¡Él adivinó ya! Siente que es de él de quien se trata. Los dos cuervos que revolotearon sobre la cabeza de Siegfried, del verdadero, pasan en este instante por encima de esa protesta...

SIEGFRIED

(*Junto a* ZELTEN, *voz contenida y rápida.*)

Ahórrenos metáforas. Diga.

ZELTEN

Dispense. A los alemanes les gustan las metáforas. En adelante, sabré ahorrárselas a usted.

SIEGFRIED

¿Se trata de mí, de Siegfried?

ZELTEN

No de Siegfried, de usted.

SIEGFRIED

¿De mi pasado?

ZELTEN

De su pasado.

SIEGFRIED

¿Qué mentira va a dictarle el odio?

ZELTEN

Yo no le odio a usted. Nosotros los políticos no derrochamos el odio más que con los compatriotas.

SIEGFRIED

¿Ha descubierto mi apellido?

ZELTEN

Ni su apellido ni su familia... Las ingeniosas insinuaciones que voy prodigando hace un rato han debido de ponerle en el buen camino. He descubierto lo que desde hace tiempo sospechaba. He descubierto que el que juzga con el cerebro, habla con la mente, calcula con la razón, ése, no es alemán.

SIEGFRIED

No creo palabra de lo que está diciendo, Zelten.

ZELTEN

No me asombra. Hoy tengo un mal día. Los propios alemanes rebosan hoy para mí de sentido crítico.

SIEGFRIED

¿Habrá que obligarle a hablar?

ZELTEN

¿A hablar? ¡Si ya he hablado! Y ni una palabra he de añadir. Me importa pasar vivo la frontera. Además, he agotado mis efectos. A Eva le toca proseguir la escena.

EVA

Le desprecio, Zelten.

ZELTEN

Más fuerte será usted que yo, si no se ha despreciado a sí misma dentro de unos minutos.

EVA

No sé de qué habla, Siegfried.

ZELTEN

Eva lo sabe todo, Siegfried. Podría darle pormenores de su llegada a la clínica, del acento particular de sus quejidos, de la chapa militar extranjera que llevaba usted en el brazo. Yo nunca vendí la verdad más que al por mayor.

LEDINGER

(*Al* SCHUPO.)

Basta. Llévense a este loco.

ZELTEN

(*Volviéndose, ya en la puerta.*)

¡Ah!, Siegfried! ¡Lástima que no le gusten las metáforas, ni los apólogos! Le contaría el del zorro que se coló en la asamblea de las aves, y se ve de repente solo, en descubierto, cuando las aves echan a volar. Ya se entreaben las alas, Siegfried, y se levantan las plumas. El ave Goethe, el ave Wágner, el ave Bismarck yerguen ya el cuello. ¡Un ademán de Eva, y se escapan!

EL SCHUPO

Vaya delante.

ZELTEN

¡Ahora le llega la vez al ave Zelten!

(EL SCHUPO *se lo lleva.*)

SIEGFRIED

(*Impasible.*)

Señores, acabó la farsa. Vuelva cada cual a su puesto. Yo me quedo aquí. Vengan a darme noticias y a consultarme, si ha lugar.

LEDINGER

Precisamente, excelencia... ¿Qué han de tocar las músicas de nuestros regimientos cuando entren en la población?

SIEGFRIED

Extraña pregunta... ¡Nuestro himno!... ¡El himno alemán!

ESCENA IV

SIEGFRIED, EVA

(SIEGFRIED *se dirige a* EVA, *le toma las manos y la mira largamente, con dureza.*)

SIEGFRIED

¿Soy alemán, Eva?

EVA

¿Qué dices? ¿Alemán?

SIEGFRIED

¿Soy alemán, Eva?

EVA

Puedo contestarte desde el fondo del alma: sí, eres un gran alemán, Siegfried.

SIEGFRIED

Hay palabras que no toleran epíteto. Ve a decirle a un muerto que es un gran muerto... ¿Soy alemán, Eva?

(*Aclamaciones fuera. Música militar.*)

EVA

Todos esos te dan la contestación.

SIEGFRIED

Ahora te toca a ti. ¿Era yo alemán cuando te inclinaste sobre mí y me salvaste?

EVA

Pedías agua en alemán.

SIEGFRIED

Todo soldado al asaltar sabía decir agua en todas las lenguas enemigas... ¿Qué acento tenía yo al pedir agua? Me dijiste que reconocías el país, la provincia de los heridos, en su manera de quejarse. ¡Yo no pediría sólo agua: me quejaría!

EVA

Tú eres el valor mismo.

(SIEGFRIED *se encamina a la puerta.*)

¿Qué haces, Siegfried?

SIEGFRIED

Voy a llamar; a llamar a la muchedumbre y denunciarme.

EVA

¡Siegfried!

SIEGFRIED

(*Yendo hacia ella.*)

Contesto a ese nombre por última vez...

EVA

Cuando estabas sin memoria, sin conocimiento, sin pasado—sí, tienes razón, hoy puedo decírtelo, la victoria fijó para siempre tu suerte—, cuando no tenías más lengua ni otro ademán que los de un pobre animal herido, quizá no fueras alemán.

SIEGFRIED

Pues ¿qué era?

EVA

Ni el médico jefe ni yo lo supimos.

SIEGFRIED

¿Lo juras?

EVA

Lo juro.

(*Entra* EL SARGENTO.)

EL SARGENTO

La señorita Genoveva Prat.

SIEGFRIED

Vete.

(EVA *sube por la escalera, despacio.*)

ESCENA V

GENOVEVA, SIEGFRIED

GENOVEVA

¿Es Zelten el que acabo de encontrar a mi paso, entre militares?

SIEGFRIED

Sí, es Zelten.

GENOVEVA

¿Le fusilan?

SIEGFRIED

Tranquilícese, le llevan al tren, del que bajará en su verdadero reino.

GENOVEVA

¿Su verdadero reino?

SIEGFRIED

Sí. En el cruce del bulevar Montmartre con el bulevar Montparnasse.

GENOVEVA

Eso es imposible.

SIEGFRIED

Pues no lo dude...

GENOVEVA

Me refiero a los dos bulevares... Son paralelos, señor consejero, uno muy al norte, otro muy al sur, y lo probable es que jamás se crucen...

(*Un paso adelante.*)

Ha de venir alguna vez a París y verá las calles que se cruzan y se descruzan. ¿Para qué me ha llamado? ¿Para la lección?

SIEGFRIED

¿La lección?...

GENOVEVA

Parece usted cansado... Siéntese... Sentémonos en ese banco, puesto ahí, frente a Gotha, como un banco para turistas... ¡Qué encantador ayuntamiento! ¿De 1574, no? ¡Cuánto más antiguo parece que el campanil, con ser éste de 1575!

SIEGFRIED

¡Cuánta ciencia!

GENOVEVA

Ciencia de lo más reciente. Sólo desde ayer, después de haberle visto, he sentido el deseo de conocer este país, su historia, su vida, esta ciudad... Tenía pensado pedirle, a cambio de mis lecciones de francés, unas lecciones de alemán, de Alemania... Me propongo permanecer aquí, estudiar, con un escultor de esta tierra, tomar por modelo a una muchachita alemana, verle a me-

nudo, si le agradan mis visitas... Dentro de unos meses, si lo consigo, podré hablarle en su lengua... Un extranjero, ¿tarda en aprender el alemán?

SIEGFRIED

Seis meses tardé yo...

(GENOVEVA *le mira, con sorpresa. La música toca en el patio el himno alemán.*)

GENOVEVA

¿Qué están tocando?

SIEGFRIED

El himno alemán.

GENOVEVA

¿No hay que levantarse?

SIEGFRIED

Hay que levantarse... Salvo cuando se está sin aliento, o la vida nos vence, o es uno extranjero.

(GENOVEVA *se pone en pie.*)

¿Se pone usted de pie? ¿Tan victoriosa de la vida se siente?

GENOVEVA

¡Amigo mío!...

SIEGFRIED

Todo se está apagando... No me da miedo la

oscuridad... Temo al ser oscuro que crece dentro de mí, va tomando mi forma, y anega en sombra cuanto en mi pensamiento intenta aún agitarse... No me atrevo a pensar.

GENOVEVA

No se quede así. Míreme. Levante la cabeza.

SIEGFRIED

No me atrevo a moverme. Al primer movimiento, todo el edificio que llevo conmigo aún se deshará en polvo... ¿Levantar la cabeza? ¡Para que vea, en las paredes, volvérseme de pronto extraños y enemigos todos esos héroes, todos esos paisajes! Piense, Genoveva, qué sentirá un niño de siete años cuando los grandes hombres, las ciudades, los ríos de su historia chica le vuelvan de pronto la espalda. Mírelos. Reniegan de mí.

GENOVEVA

No es verdad.

SIEGFRIED

Ya no soy alemán. ¡Cosa más sencilla! Basta con cambiarlo todo. Mis días de triunfo ya no son Sedán y Sadowa. Mi bandera no tiene rayas horizontales. Oriente y occidente van a permutar, sin duda, en derredor mío... Los que creí ejemplos de lealtad suprema, de honor, van a ser ya acaso para mí traición y brutalidad...

GENOVEVA

La mitad de los seres humanos puede cambiar,

sin sufrimiento, de nombre y de nación; la mitad por lo menos: todas las mujeres...

SIEGFRIED

¡Este zumbar en mis oídos, este deslumbramiento..., no es nada! Son sesenta millones de seres, nada más, y sus millones de abuelos, y sus millones de descendientes que se alejan de mí, volando: ya Zelten lo dijo. Me basta pensar en uno de esos grandes hombres tan queridos para mí, y se me aleja de un vuelo. ¡Ay, Genoveva! No le diré cuáles son los dos que acaban de abandonarme en este segundo.

GENOVEVA

Si son de veras grandes, en su nueva patria los verá.

SIEGFRIED

¡Mi nueva patria! ¡Ay! ¿Por qué Eva no se inclinó más cerca aún del herido, de aquel pobre pescado en seco, de mí? ¿Por qué no me obligó a repetir la palabra: agua? ¿Por qué no me constriñó a decirlo, a repetirlo, aun a costa de una sed más cruel todavía, hasta saber el acento que lo coloreaba, y si pensaba yo, al pronunciarlo, en un mar azul, o en torrentes, o en un lago, o en pantanos siquiera? ¡A qué sed eterna me condenó con su premura! La odio.

GENOVEVA

Creía obrar bien. Tan alto estaba usted a sus

ojos. Le dió la patria que tenía por más hermosa... No podía elegir.

SIEGFRIED

Ahora yo sí puedo.

(*Entra* El Sargento.)

GENOVEVA

Saludo confiada al himno del país de la música... Porque también espero hacer aquí música, ser música, como todos ustedes lo son... Eso, ¿se aprende?

SIEGFRIED

A mí me habrá favorecido el tanto alzado general. También he tardado seis meses...

(*Silencio.*)

GENOVEVA

¡Qué misterioso lenguaje el francés, cuando lo habla un alemán!... ¿Qué tiene? Hace un momento le vi pasar por entre la muchedumbre. Admiraban su salud, su fuerza.

SIEGFRIED

Se ve que el nombre de Siegfried no trae suerte en este país, Genoveva. Este cuerpo, lleno de fuerza y salud, es el de un alemán que se está muriendo.

GENOVEVA

(*Asustada.*)

¡Que se está muriendo!

SIEGFRIED

Acaba de confesármelo Eva. Me engañaron. No soy alemán.

(GENOVEVA *se pone en pie.*)

¿Por qué se pone de pie? ¡No tocan ningún himno! La verdad, el silencio es mi canto nacional...

(*Largo silencio.*)

¡Qué interminable himno!

GENOVEVA

¿Sufre usted?

SIEGFRIED

Es un género de muerte que no se da sin sufrimiento... Los que tienen familia, casa, memoria, pueden quizá sacar de ellas a su país, sin exceso de trabajo... Mi familia, mi casa, mi memoria, eran Alemania. Detrás de mí, para separarme del aniquilamiento, no habían podido colocar mis enfermeros más que a Alemania, pero la colocaron toda entera. Su historia fué mi única juventud. Sus glorias, sus desastres, mis únicos recuerdo. Con eso tenía yo un pasado deslumbrador, para iluminar esa larva de infortunio que era mi infancia... Todo se está apagando.

ESCENA VI

GENOVEVA, SIEGFRIED, EL SARGENTO

EL SARGENTO

Una firma, excelencia...

(*Firma* SIEGFRIED *sin leer.*)

¿Vuecencia no lee? Es la sentencia de muerte a los extranjeros...

SIEGFRIED

¿Extranjeros?

EL SARGENTO

Revolucionarios no alemanes, cogidos con las armas en las manos.

SIEGFRIED

¿Esos hombres con cadenas, junto a los que pasé hace un rato?

EL SARGENTO

En fila contra la pared, ésos.

SIEGFRIED

¿Rusos?

EL SARGENTO

Un ruso había. Pero tenían representación to-

dos los Estados de Europa. Era lo que llamamo en las batidas un muestrario.

(*Silencio.*)

SIEGFRIED

Sorprendieron mi firma, sargento. Avise qu no le den validez. Una ejecución como esa ha d verse en Consejo.

EL SARGENTO

Demasiado tarde, excelencia. La firma es d pura fórmula. Ya están fusilados.

SIEGFRIED

¿Todos?

EL SARGENTO

Todos. Tengo orden de dejar aquí un duplica do, excelencia.

(*Sale. Largo silencio.*)

ESCENA VII

GENOVEVA, SIEGFRIED

SIEGFRIED

¿Qué me dice, Genoveva?

GENOVEVA

¿De qué?

SIEGFRIED

De este comienzo de mi tercera existencia. Aca-

bo de firmar, sin duda, la muerte de uno de los míos.

(GENOVEVA *se encamina lentamente hacia él.*)

GENOVEVA

Enséñeme la lista.

SIEGFRIED

Aquí está.

GENOVEVA

No puedo leerla. Mis ojos no ven. Se lo ruego. Léame la lista.

SIEGFRIED

(*Casi en tono de escarnio.*)

Schmidt, López, Cerebriof, Henley, Petersen. Y además de los apellidos, los nombres, pero se los perdono.

GENOVEVA

¿Nadie más?

SIEGFRIED

Nadie más.

GENOVEVA

(*Acercándose a* SIEGFRIED.)

¡Entonces. amigo mío, no!

SIEGFRIED

¿A quién contesta?

GENOVEVA

No. Digo que no. Que no ha firmado la muerte de uno de los suyos.

SIEGFRIED

¿Qué quiere decir?

GENOVEVA

¡Ay!, hace mal el destino en confiar sus secretos a una mujer. No puedo seguir callando. Suceda lo que suceda... No me guardes rencor si no sé graduar los efectos, si te digo de un tirón las tres frases que me están quemando los labios desde que te vi, sólo contenidas hasta ahora por miedo a la muerte... Existirá tal vez para ellas un orden que guardar, una gradación que las haría naturales, inofensivas, pero ¿cuál es? Oyelas: de una vez te las digo: ¡No! No has matado a ningún compatriota. Eres mi prometido. Eres Jacques Forestier. Eres francés.

(Eva, *que entró durante las últimas palabras de* Genoveva, *se aproxima.*)

ESCENA VIII

GENOVEVA, EVA, SIEGFRIED

EVA

¡Siegfried!

(Siegfried, *se vuelve hacia ella.*)

Siegfried, soy yo.

(SIEGFRIED, *ademán de fatiga.*)

Si es crimen el haber compartido mi patria contigo, perdóname, Siegfried.

(SIEGFRIED, *ademán vago.*)

Si es crimen el haber recogido una criatura abandonada, temblando, a la puerta de Alemania, y haberla vestido de su ternura y alimentado de su fuerza, perdón.

SIEGFRIED

Bien está... Déjame.

EVA

Todos los derechos te hacían nuestro, Siegfried: adopción, amistad, cariño... Dos semanas te estuve velando, día y noche, antes de que recobraras el conocimiento... No venías de otro país, venías de la nada...

SIEGFRIED

Ese país tiene sus encantos.

EVA

Si hubiera sabido que la suerte iba a devolverte una patria, no te hubiera yo dado la mía... Sólo ayer supe la verdad, sólo hoy te he dicho mentira. Hice mal. Hubiera debido revelártelo todo yo misma, porque la revelación ya no ha de cambiar nada.

SIEGFRIED

Bueno va, Eva. Adiós.

EVA

¿Por qué adiós? ¡Te quedarás con nosotros, me figuro!

SIEGFRIED

¿Con vosotros?

EVA

¿No nos dejarás, no nos abandonarás?

SIEGFRIED

¿A vosotros, a quién?

EVA

A todos, a Waldorf, a Ledinger, a los millares de jóvenes que te han dado escolta hasta aquí, a todos los que en ti creen: a Alemania.

SIEGFRIED

Déjame, Eva.

EVA

No es mi costumbre dejarte cuando un golpe te hiere.

SIEGFRIED

¿Adónde vas a parar?

EVA

A tu corazón verdadero, a tu conciencia. Oye-

me. Te llevo un día de ventaja para encaminarme por entre tanta niebla. Verás cómo mañana todo se aclara en ti. Aquí está tu deber. En siete años, ni un recuerdo te llegó del pasado, ni el pasado te hizo una seña, ni hay partícula que no sea nueva en tu cuerpo, ni inclinación que te haya llevado hacia lo que dejaste. Todas las prescripciones han muerto... Y usted, señorita, ¿qué dice?

GENOVEVA

Yo, callo.

EVA

No lo parece. Su silencio domina nuestras voces.

GENOVEVA

Cada cual emplea su lenguaje.

EVA

Por favor. Dígnese mirarnos. Hay lucha entre las dos. Acabe de mirar delante de sí, sin ver nada.

GENOVEVA

Cada cual tiene su manera de ser.

EVA

¿Por qué tal desprecio para una mujer que lucha por su país, cuando usted no lucha sino por sí misma? ¿Por qué se calla?

GENOVEVA

Porque contra los adversarios que hasta aquí tuve, la única arma era el silencio.

EVA

Porque cada palabra suya, en este minuto, sería pequeñez, egoísmo...

GENOVEVA

Pensaba yo, además, que cuanto pudiéramos decir, voces más altas se lo dicen a nuestro amigo... Después de todo, acaso tenga usted razón... Ver este duelo que se entabla fuera de él, pero no sin que su ser se desgarre, entre dos mujeres extrañas, es quizá el único alivio que podemos ofrecerle... Hasta puedo tenderle a usted la mano, para que no se crea desgarrado por poderes irreconciliables.

EVA

A tanto no llegaré. ¿Con qué derecho está usted aquí? ¿Quién la llamó a esta tierra, donde nada tiene que hacer?

GENOVEVA

Un alemán.

EVA

¿Zelten?

GENOVEVA

Zelten.

EVA

Zelten es traidor a Alemania. Ya lo estás viendo, Siegfried. Esta conjuración tenía el propósito no de enmendar yerros del pasado, sino de arrebatarte al país, cuya esperanza eres tú, al que te ha dado lo que no siempre dió a sus reyes: poder y estima.

SIEGFRIED

Todo lo que yo ahora me niego a mí mismo... Dejadme las dos, os lo ruego...

EVA

No, Siegfried.

GENOVEVA

¿Por qué, Jacques?

SIEGFRIED

¿No tendríais una y otra para llamarme nombre intermedio entre Jacques y Siegfried?

EVA

No hay intermedio entre el deber y los lazos de que esa mujer es símbolo.

GENOVEVA

¿Símbolo? Una francesa le tiene demasiado apego a la moda para ser símbolo jamás, para ser otra cosa que un cuerpo vibrante, y hecho a sufrir, vestido con el modelo último. Además, se

equivoca. Si Jacques tuviera que elegir entre el deber y el amor, ya hubiera elegido hace tiempo. ¡Es tan fácil, como en las tragedias, despojar a la palabra deber de las partículas de amor que contiene, a la palabra amor de las partículas de deber que le rebosan, para tener una pesada decisiva, aunque falsa! Jacques tiene que elegir entre una existencia magnífica, que no es suya, y la nada que le pertenece. Cualquiera vacilaría...

EVA

Tiene que elegir entre una patria de la que es razón, cuyas banderas ostentan su cifra, que por él puede salir de un mortal desconcierto y un país en el que su nombre no existe más que grabado en mármol, en que es inútil, en que su vuelta no aprovechará, y sólo un día, más que a los periódicos de la mañana, en que nadie, desde el campesino hasta el jefe, le espera... ¿No es verdad?

GENOVEVA

Verdad es.

EVA

No le queda familia, ¿es cierto?

GENOVEVA

No.

EVA

¿No tenía hijos, sobrinos?

GENOVEVA

No.

EVA

¿Era pobre? ¿No tenía casa de campo, ni era suya una pulgada de suelo francés?

GENOVEVA

No.

EVA

¿En dónde está tu deber, Siegfried? Sesenta millones de hombres aquí te esperan. Y allá, es cierto, nadie.

GENOVEVA

Nadie.

EVA

Ven, Siegfried...

GENOVEVA

Sí. Alguien hay que le espera... ¿Alguien? Mucho decir es... Pero un ser vivo le espera. Un mínimo de conciencia, un mínimo de razón.

EVA

¿Quién?

GENOVEVA

Un perro.

EVA

¿Un perro?

GENOVEVA

Su perro. Tu perro te espera, Jacques. Todos los demás, en efecto, han renunciado a ti, amigos,

maestros, discípulos. Yo misma, me creí autorizada a renunciar a ti, porque había renunciado a mi propia vida. La desaparición de un hombre en la guerra es una apoteosis, una ascensión; es una muerte sin cadáver que dispensa de entierro, de lamentaciones, que ni permite que se eche de menos al desaparecido, porque se le considera deshecho, más de prisa que un esqueleto en la tierra, en el aire natal y amalgamado en seguida con ellos... El no ha renunciado. Te espera.

EVA

Es ridículo...

GENOVEVA

Más ridículo de lo que usted misma pudiera creer: es un perro de aguas. Blanco, y como todos los perros blancos en Francia, se llama *Black*. Jacques, *Black* te espera. Entre tus prendas de vestir y el resto de perfume que aún queda en tus frascos viejos, te espera. Le saco de paseo todos los días. Te va buscando. A veces dentro de la tierra, es verdad, y escarba; pero más a menudo en el aire, a la altura en que están las caras de los demás hombres. No cree que te hayas reintegrado secretamente y en átomos a la nación... Te espera todo entero.

EVA

Déjese de bromas.

GENOVEVA

Sí, ya lo sé. Usted querría que yo hablase de

Francia. ¿Considera infamante que me sirva de cebo para atraer a Siegfried un perro de aguas vivo?

EVA

Estamos en una hora grande y usted la rebaja.

GENOVEVA

¿Porque un perro infeliz, sin origen, sin raza, me parece hoy el único ser calificado para personificar a Francia? Dispénseme. No tengo costumbre de estas luchas ni otra cosa que decir a Jacques. La grandeza de Alemania, la grandeza de Francia, son evidentemente magníficos temas para antítesis y contrastes. Que ambas naciones, las únicas que no sean tan sólo empresas de comercio y belleza, sino poseedoras de nociones diferentes del bien y el mal se decidan, en lugar de hacerse la guerra, a empeñar en un hombre solo un combate minúsculo, un cuerpo a cuerpo figurado: bello es el drama, no hay duda. Pero ese drama, Jacques, es el de mañana.

EVA

¿Y puede saberse cuál es el de hoy?

GENOVEVA

Hoy, Jacques, el drama está entre la muchedumbre que te aclama, y, si quieres, el perro y la vida sorda que espera. No dije verdad al decir que sólo él te esperaba... Tu lámpara te espera,

las iniciales de tus membretes, los árboles de tu bulevar, y lo que bebías, y los vestidos pasados de moda que yo iba defendiendo, sin saber por qué, de la polilla, y con los que te hallarás a gusto. Esa vestidura invisible que sobre un ser van tejiendo la manera de comer, de andar, de saludar; ese acorde divino de sabores, colores y aromas que lograron los años de niñez; esa es la patria verdadera, y en ella está lo que reclamas... Lo estoy viendo desde que llegué. Me doy cuenta de tu perpetuo malestar. Entre los gorriones, las avispas y las flores de este país y las del tuyo, hay una diferencia de natural imperceptible, pero inaceptable para ti. Sólo cuando recobres aquellos animales, aquellos insectos, aquellas plantas, aquellos olores que, para una misma flor, en cada país son diferentes, podrás vivir dichoso, hasta con la memoria vacía, porque ellos son su trama. Todo en Francia te espera, menos los hombres. Aquí, los hombres aparte, nada te conoce, nada te adivina.

EVA

Volverás a ponerte tus trajes pasados de moda, Siegfried, y no te desprenderás mejor que un árbol de los siete círculos que tus siete años alemanes pusieron en derredor tuyo. El que se sintió helado siete veces por el viejo invierno alemán, y entibiado siete veces por la más juvenil y vibrante primavera de Europa, créeme, ya quedó para siempre insensible a sentimientos y climas templados. Tus costumbres ya no están en las

terrazas de los cafés, sino con nuestras hayas gigantescas, con nuestras ciudades colmadas, con ese paroxismo de paisajes y pasiones que da, él sólo, al alma su plenitud. ¡Te lo suplico, no vayas a cambiar el corazón sin límites que te dimos por esa máquina exactísima, por ese despertador que suena antes de cada emoción, por un corazón de francés!

(Música y aclamaciones.)

Elige, Siegfried. No te dejes embaucar por un pasado que ya no conoces y del que saldrán todas las armas para herirte, todos los halagos y todas las denuncias. No es un perro, lo que esta mujer apostó como cebo en Francia. Eres tú mismo, tú, desconocido, ignorado, perdido para siempre. No te sacrifiques a tu sombra.

GENOVEVA

Elige, Jacques. Ya lo vió usted: yo estaba dispuesta a seguir ocultándolo todo, a esperar ocasión menos brutal, a esperar meses. La suerte no ha querido. Espero la sentencia.

(Aclamaciones fuera, luminarias.)

EVA

¡Ten cuidado, Siegfried! Nuestros amigos esperan mi vuelta. Van a venir. Intentarán obligarte. Cede a la amistad. Mira. Escucha. Luminarias en honor tuyo. Te aclaman. Oye la voz

del pueblo que te está llamando... Entre esta luz y aquella oscuridad, entre Alemania y *Black*, ¿qué eliges?

SIEGFRIED

¡Y qué puede elegir un ciego!

TELÓN

ACTO CUARTO

Estación fronteriza, cortada por un mostrador para equipajes y una portezuela. Estación alemana, lujosa y limpia como las oficinas de un Banco. Estación francesa típica, con estufa y ventanilla de cárcel. Es de noche todavía. El aduanero francés lee un periódico.

ESCENA PRIMERA

EL ADUANERO FRANCÉS, GENOVEVA

GENOVEVA

¿Hay novedades en Francia, señor aduanero?

PIETRI

Hoy, sí... Al jefe de estación de Bastia le han ascendido a primero y no le trasladan.

GENOVEVA

Yo preguntaba por París.

PIETRI

No. Allí no hay ascenso ninguno... Sólo tiene cincuenta y cinco años. Buen ejemplar de retiro fuera de su categoría.

GENOVEVA

¿Y se puede saber el nombre de ese héroe?

PIETRI

Pietri, como yo; pero él ha tenido mejor suerte. A los dieciséis, en la estación de Cannes, ayudó a una anciana que cruzaba la vía. Era la madre de Gambetta. Luego pasó por elección. Yo tuve la desgracia de descubrir unas varas de encaje en la maleta de una presidenta del Senado.

(*Sigue leyendo.*)

GENOVEVA

Señor aduanero, ¿por qué todos los aduaneros de Francia son corsos?...

PIETRI

Porque son ya los únicos en comprender que Francia es una isla.

GENOVEVA

Lo cual tiene también la ventaja de que vierte perfume de ajos en toda la frontera francesa... ¿Es arenque lo que usted está friendo?

PIETRI

No, es mi café con leche... ¡Mucho charla usted, señorita!

GENOVEVA

¡Estuve tan muda estos últimos días!... No sé si tengo aptitudes especiales para hablar con aduaneros o corsos, pero, efectivamente, hoy me siento muy charlatana.

PIETRI

Si quiere hacerme el favor, no se columpie de ese modo en la línea ideal.

GENOVEVA

¿En la línea ideal?

PIETRI

Expresión técnica en aduanas. Así se designa la frontera... Mírela bien: esa línea amarilla que corta la sala y se pierde en la fonda y en los water, es la línea ideal.

GENOVEVA

(*Alejándose.*)

¿Hay peligro?

PIETRI

Se ve que usted no lo hace a propósito, pero una partida de maniáticos, como al descuido, se pasa el día entero metiendo el pie por la portezuela, o montándose sobre la línea. A veces viene a examinarlos un médico de Berlín. Sádicos los llama. No veo qué placeres puede procurar el sadismo. Yo fuí aduanero del puerto de Niza y puedo asegurarle que no me divertía metiendo los pies en el mar.

GENOVEVA

Puede que no le guste el agua para los viajes.

PIETRI

La tierra tampoco... Aquí donde me ve, nunca estuve en Alemania... Entre, ya que trae los papeles, a calentarse.

GENOVEVA

(*Entra y va a sentarse junto a la estufa.*)

¡No se apagó en toda la noche su estufa!

PIETRI

¿Apagarse? No es carbón de aquí. Ya saben las Aduanas de dónde traerlo. Viene del Mediodía. Es Carmaux legítimo.

GENOVEVA

¿No prefiere la calefacción central, como la que tienen ahí al lado?

PIETRI

¿Y usted la prefiere? ¿Le calienta las manos su calorífero? Y todos esos animales de la estación alemana, el perro del jefe, la cigüeña de la fonda... no pasa hora sin que tenga que mandar a alguno de un puntapié al otro lado de la línea ideal...

GENOVEVA

Dos sistemas de calefacción en la misma sala. Hay para intrigar a los viajeros.

PIETRI

Los viajeros han de saber que Alemania tiene

calefacción central y Francia calefacción individual. Me asombra que no hayan instalado aún, ahí al lado, el fumadero central para los fumadores. Tengo entendido que la red intriga con la unión de las derechas y la administración alemana para poner radiadores. Ese día dejo de ser aduanero.

GENOVEVA

Sería una lástima. Será interesante el oficio de aduanero.

PIETRI

No hay otro medio de llegar a cabo de Aduanas... ¿Toma usted el tren de las ocho, señorita?

GENOVEVA

Así lo espero. Si el que estoy aguardando llega en el tren de Gotha.

PIETRI

¿Y ha perdido el tiempo dándome conversación para hacer paciencia?

GENOVEVA

No es tiempo perdido. Nunca sabrá usted la fuerza que me ha dado de nuevo el volver a oír hablar de retiro, de categoría, de cartas, de ajos. Una bocanada de oxígeno para un organismo francés.

PIETRI

De cartas no hemos hablado.

GENOVEVA

Sí, sí. Estaban implícitas. En todo caso, el oír hablar de aperitivo me ha dado sed y hambre.

PIETRI

De aperitivo no se habló.

GENOVEVA

¡Qué raro! Estoy persuadida de que sólo hemos hablado de eso... Sí, por vez primera desde hace tres días, tengo hambre. Hambre de tortilla con tocino y pollo asado.

PIETRI

(*Refunfuñando.*)

La fonda alemana está abierta. Tienen la especialidad de las albóndigas de miga y comino.

(*El aduanero alemán entra y quita rápidamente el polvo a una banqueta de cuero.*)

PIETRI

Guten tag, Schumann.

SCHUMANN

Bonchur, Pietri.

PIETRI

Creí que habíamos convenido en echar el polvo hacia adentro, contando desde la línea ideal... Ya podías guardarte ese polvo para tu país.

SCHUMANN

Dispensa.

PIETRI

¿Quiénes son esos del capote que van y vienen por tu andén?... Te advierto que voy a registrarlos... Como estamos en enero, todos los tuyos pasan juguetes. Ayer mismo le encontré a tu hermanita dos mecanos completos. Estoy seguro de que esos individuos van rellenos de trompos de vapor.

SCHUMANN

No hay probabilidad... Son los dos generales que tomaron tren especial para estar aquí antes que el tren de Gotha... Esperan a no sé quién...

(GENOVEVA *ve pasar a los dos generales y se dirige rápidamente a la fonda alemana, donde entra.*)

PIETRI

Ya podría cerrar la portezuela, señorita.

(*Estornuda.*)

La gente no concibe qué corriente de aire manda sobre un aduanero la portezuela fronteriza, cuando se abre...

ESCENA II

LEDINGER, WALDORF

WALDORF

¿Pasará por aquí?

SCHUMANN

Todos los viajeros que van a Francia tienen que pasar por aquí, excelencia... El tren acaba de llegar. ¿Tienen algo que mandar, excelencias?

WALDORF

Nos volvemos a Gotha en el primer tren. Tómenos sitio.

SCHUMANN

Muy bien, excelencia. ¿Dos puestos?

WALDORF

No. Tres.

(*Váse* SCHUMANN.)

LEDINGER

¿Salió disfrazado, Waldorf?

WALDORF

No. Vestido de negro. De luto por sí mismo. El fondo de nieve le hacía más triste aún.

LEDINGER

Y esa mujer, ¿le acompaña?

WALDORF

No han vuelto a verse. Ella desapareció unas ıoras antes que él. Se fué solo, sin equipaje.

LEDINGER

Estuvo rompiendo papeles, según me han dicho.

WALDORF

Nada importante. Su tarjeta de entrada gratis :n los museos alemanes, su autorización de bille-e a mitad de precio en la Opera y para las embar-aciones de los lagos bávaros. No hay pocas co-as agradables en la vida por las que ahora tendrá 'ue pagar billete entero.

LEDINGER

¿Dejó alguna carta?

WALDORF

Dos. Una para el recaudador de contribucio-.es, pagando lo que debía hasta ayer. Otra para ı ciudad. Deja lo que posee a varias institucio-.es. ¡Todo un muerto, Ledinger!

LEDINGER

(Que miraba por la vidriera.)

Aquí está el muerto.

(Se ponen ambos en pie, mirando a la puerta.)

ESCENA III

SIEGFRIED, WALDORF, LEDINGER

(*Entra* SIEGFRIED, *ve a los generales, se para.*)

WALDORF

Buenos días, excelencia.

SIEGFRIED

Buenos días, Waldorf... ¿Vinieron a despedirme?

WALDORF

No, excelencia.

SIEGFRIED

¿O para depositarme otra vez allí, donde Alemania me encontró, en mi cuna alemana, en una estación?

WALDORF

No, excelencia.

SIEGFRIED

¿Para retenerme, para que me vuelva en su compañía?

WALDORF

Sí.

LEDINGER

(*Dando un paso adelante.*)

Venimos a suplicarle, querido Siegfried, que renuncie a su determinación.

SIEGFRIED

¿He tenido que determinarme a algo?

WALDORF

A elegir patria.

SIEGFRIED

Esa determinación hubo de tomarse el día en que nací.

LEDINGER

Dos veces ha nacido usted, Siegfried...

SIEGFRIED

El nacer es como el morir. La primera vez es la que vale.

LEDINGER

El tiempo apremia, Siegfried. Estamos hablando de tren a tren.

SIEGFRIED

Eso mismo...

(LEDINGER *se acerca con ímpetu a* SIEGFRIED.)

¿Qué le pasa, querido Ledinger?

LEDINGER

Vuélvase con nosotros, amigo. Se le ve padecer. Está más enflaquecido. Vuélvase.

SIEGFRIED

Sí, estoy más enflaquecido, Ledinger. Pero tanto por la magnitud de la pérdida como por la magnitud del regalo que he padecido en estas últimas noches. A un convaleciente, como yo, le hubiera sentado mejor, en efecto, una patria minúscula. Al que le amputan de repente Alemania y le echan encima Francia, todas las leyes del equilibrio alteradas le serían indispensables para no sentir perturbación. Le diré que anteayer estuve pensando en desaparecer, en buscar asilo en un tercer país, que yo elegiría, a ser posible, sin vecinos, sin inauguraciones de monumentos a los muertos, sin muertos. Un país sin guerra pasada ni guerra futura... Pero cuanto más lo busqué en el mapa, tanto más estrechos se hacían los lazos que me atan a las naciones que sufren y padecen, tanto más clara se me aparecía mi misión.

WALDORF

¿Qué misión?

SIEGFRIED

La de funcionario, sencillamente. Para alg[o] soy del país de los funcionarios: para servir.

WALDORF

Esa es la divisa de todos los que apetecen mandar. Sólo se manda bien en Alemania.

SIEGFRIED

Servir a mi país.

LEDINGER

Si se trata de servir, amigo, vuélvase con nosotros. Sólo se sirve bien a Alemania. Es la única tierra del mundo en que las funciones de obediencia, respeto y disciplina conservan aún la fogosidad juvenil. La indicación más leve da poderío nuevo a nuestra patria, y esa virginidad cruel que justifica desenfrenos y sacrificios. Toda alimentación de Estado le aprovecha a Alemania como la fosfatina a una criatura gigante. Que el servidor del Estado nos diga una palabra, y nuestros ríos, en lugar de correr hacia el norte, se volverán canales benéficos, cruzarán al sesgo Alemania, y sesenta millones de caras se volverán a oriente o a occidente, y surgirán nuevas nociones del honor o del deshonor. Abandonar el servicio de Alemania por el de otro pueblo, es, para el labrador, renunciar a la tierra en que las plantas brotan en un día por otro en que sólo florecen cada cien años. Si tiene amor a los frutos, no renuncie a ella, sobre todo, para servir a Francia.

SIEGFRIED

¿Tan difícil es servir a Francia?

LEDINGER

Para el que anhela modelar el alma de un país, amasar su futuro, imposible.

SIEGFRIED

¿Por qué, Ledinger?

LEDINGER

Francia posee la peculiaridad de un destino ta neto que sólo una mente quimérica puede imaginarse que la guía, y una mente hipócrita dejárselo creer a su pueblo. Es el único país del mundo cuyo porvenir parece siempre estrictament igual a su pasado. El sentido de sus instituciones, de sus ríos, de su raza, está fijado desde tant tiempo atrás que ya no da órdenes a Francia l voz de los jefes, sino ciertas voces interiores, com verdaderos mandamientos. ¿Qué va usted a hace en ese país que sólo admite mejoras de por menor en su calefacción central o en sus ordenanzas de higiene? Sirven a Francia sus artesanos sus escritores, sus ingenieros, sus pirograbadores La sirven sus miniaturistas, porque sólo se l puede servir adornándola, aunque sea en un centímetro cuadrado. Pero esa sucesión anual mensual de Gobiernos, que es casi un rito, l prueba que sus mejores hombres de Estado prefieren limitar su ambición, antes que hacer, alternativamente, tareas extraordinarias de pilot invisible y callado.

SIEGFRIED

Yo he de servirla. Tengo disposiciones de jardinero.

WALDORF

¿Es su última palabra, excelencia?

SIEGFRIED

Mi última palabra de excelencia.

(*Silencio.*)

WALDORF

Bueno, Siegfried... No nos queda más que inclinarnos. Pero, en compensación, creo que debemos exigirle un sacrificio... ¿Puedo hablar?

(SIEGFRIED *hace una seña afirmativa.*)

Tiene usted a su espalda una frontera. Pero los alemanes le creen todavía en el centro de Alemania. El correo está cargado de cartas que le buscan. Su nombre es el núcleo de todo corazón alemán. Nos parece que sería un crimen destruir su propia tarea, diciéndole al pueblo que le ha entregado su fe que usted para él ya no existe, que lo ha abandonado.

SIEGFRIED

Entiendo. ¿Prefieren decirle que no existo ya?

WALDORF

¿No sería más útil y más bello que desapare-

ciera usted del pueblo alemán lo mismo que na
ció para él? Tema que se cambia en estupor, e
escándalo tal vez, nefasto para los dos países, e
amor que le tenemos. Bastaría que Ledinger y y
atestiguáramos haberle visto la otra noche, her
do, cerca del barrio incendiado, y caer en la
llamas.

SIEGFRIED

¿Opina lo mismo, Ledinger?

LEDINGER

Sí, excelencia.

SIEGFRIED

¿No le sorprendería a nadie? ¿No sería pe
que el mal el remedio?

LEDINGER

No, ciertamente. Para ningún acontecimie
to están preparados los hombres como para
muerte de los que son grandes entre ellos. N
cabe en su imaginación que el camarada co
quien comían salchichón la víspera haya podi
dejar la existencia; pero la muerte de su gran s
bio, de su gran general, es para ellos prueba
su carácter divino e inaprehensible, y para l
envidiosos un halago.

SIEGFRIED

Detesto halagar a nadie. Siegfried seguirá v
viendo.

LEDINGER

Crea lo que dice Waldorf, excelencia; está en lo firme. Yo sólo me pronunciaría por otro género de muerte que no ligue demasiado estrechamente su nombre a la política. La gloria de Siegfried ha de estar por encima de los partidos. Yo me inclinaría a una muerte accidental, una caída al río; mejor quizá a uno de esos lagos tan transparentes, donde jamás se encuentra nada de lo que cayó.

SIEGFRIED

Son ustedes generosos, amigos míos. Me ofrecen una muerte gloriosa. Tengo dónde elegir. Puedo morir como el fénix, entre llamas, entre las llamas de un bazar de lujo. Puedo morir al modo de nuestros héroes románticos, en esos estanques de agua glacial a la que Ledinger me empuja con simpática mano... Una muerte con prima, con prima que rara vez se concede a los muertos: la vida... No aceptaré. Un monumento erigido en Munich a Siegfried, una columna rota en París a Forestier. Me consideraría demasiado inútil entre ambos cadáveres.

LEDINGER

¿Prefiere vivir entre ambas sombras?

SIEGFRIED

Viviré sencillamente. Siegfried y Forestier vivirán el uno junto al otro. Intentaré llevar con

honor los dos nombres y los dos destinos que m dió el azar. Una vida humana no es un gusano Partirla en dos no basta para que cada trozo lo- gre existencia perfecta. No hay sufrimientos ta contrarios, experiencias tan enemigas que no pue dan fundirse al cabo en una vida sola, porque e corazón del hombre es el crisol más poderoso Quizá, sin tardar mucho, la memoria fugitiva las patrias halladas y perdidas, la inconscienci y la conciencia, que me hacen padecer y goza por igual, formen un tejido lógico y una existen cia simple. Excesivo sería que en un alma huma na, en que cohabitan los vicios y virtudes má contrarios, sólo se resistieran a componerse la palabras «alemán» y «francés». Yo me niego abrir trincheras dentro de mí mismo. No volver a Francia como el último prisionero que soltaro las cárceles alemanas, sino como primer bene ficiario de una ciencia nueva, de un corazón nue vo... Adiós. Ya silba el tren de ustedes. Siegfrie y Forestier les dicen adiós.

WALDORF

Adiós, Siegfried. Buena suerte. Pero es dur para nosotros ver a quien quiso arruinar a Ale mania y a quien la salvó tomar el mismo tre con un día de intervalo, y llegar al mismo re fugio.

SIEGFRIED

Yo soy el menos digno de lástima, Waldor mi país de destierro es mi patria.

LEDINGER

Adiós, Siegfried. Buena suerte. Piense en la careta que lleva todo francés, y que le libra de respirar los gases deletéreos de Europa, pero a cambio de obstruirle a menudo la respiración y la vista.

SIEGFRIED

Yo seré el francés de cara descubierta, para hacer juego con el alemán sin memoria.

(Ambos generales se inclinan ceremoniosos y salen.)

ESCENA IV

SIEGFRIED, PIETRI; luego, GENOVEVA

(Una vez solo, SIEGFRIED se acerca lentamente al lado francés, y pasa sin fijarse por la portezuela. El aduanero, instalado detrás de la ventanilla, le da una voz.)

PIETRI

¡Eh, amigo!

SIEGFRIED

¿A mí me llama?

PIETRI

¿Qué hace ahí?

SIEGFRIED

¿Cómo, ahí?

PIETRI

¿Qué hace usted en Francia?

SIEGFRIED

¡Ah!, en Francia...

PIETRI

Ya está viendo la raya amarilla en la portezuela: es la frontera.

SIEGFRIED

¿La he pasado?

PIETRI

Sí... Y vuelva a pasarla.

SIEGFRIED

Vengo a Francia, precisamente. Mis papeles están aquí.

PIETRI

En Francia se entra a las siete y treinta y cuatro y son las siete y diez y seis.

(*Antes de salir por la portezuela,* SIEGFRIED *manda una caricia al calor de la estufa.*)

PIETRI

(*Enternecido.*)

¿Y ha venido a esta sala para entrar en Francia o para calentarse?

SIEGFRIED

¿Cómo?

PIETRI

Puede calentarse por encima del mostrador; lo mismo me da que las manos estén en Francia.

SIEGFRIED

Gracias.

(SIEGFRIED *se calienta las manos, de codos en el mostrador, atraída la mirada por el paisaje frontero, iluminado ya por el alba.)*

SIEGFRIED

Ese que se ve, ¿es el primer pueblo de Francia?

PIETRI

Sí, es el pueblo.

SIEGFRIED

¿Grande?

PIETRI

Como todos los pueblos. Ochocientos treinta y un habitantes.

SIEGFRIED

¿Cómo se llama?

PIETRI

Como todos los pueblos. Blanmcesnil-sur-Audinet.

SIEGFRIED

¡Qué bonita iglesia! ¡Y aquella casa blanca!

(GENOVEVA *ha salido de la fonda alemana. Está de espaldas al pueblo. No intenta mirarlo.)*

GENOVEVA

La alcaldía.

(SIEGFRIED *se vuelve y la mira, asombrado.)*

SIEGFRIED

¿Conoce usted el pueblo, señorita?

GENOVEVA

Y a medio andar de la colina, aquel chalet de ladrillo entre dos tejos, con marquesina y galería de cristales, el castillo.

SIEGFRIED

¿Es usted de aquí?

GENOVEVA

Y al final de la avenida de tilos, la estatua Estatua de Luis XV o de Luis XIV.

PIETRI

Error. De Luis Blanc.

GENOVEVA

Y en aquel andamio, en un lado del ferial, lo

bomberos hacen el ejercicio cada primer domingo de mes. Su corneta desafina.

PIETRI

Señorita, usted conoce Blancmesnil mejor que yo.

GENOVEVA

No. No conozco Blancmesnil. Nunca lo he visto... Conozco mi raza.

(*Timbres.*)

¿El tren?

EL ADUANERO

No. El toque para los equipajes grandes... Vengan conmigo.

GENOVEVA

No tenemos bultos grandes.

EL ADUANERO

¿Los enviaron por delante?

GENOVEVA

Sí, con siete años de anticipación.

PIETRI

¿Siete años? Entonces ya no es cosa de la Aduana. Estarán en la consigna.

(*Sale.*)

ESCENA V

SIEGFRIED, GENOVEVA

SIEGFRIED

¿Qué hace en esta estación, Genoveva?

GENOVEVA

Buscar a una persona, Jacques.

SIEGFRIED

No está aquí el que usted busca.

GENOVEVA

No lo crea. Está cuando estoy yo... Le sorprende de encontrarme hoy tan poco lúgubre, casi alegre... Es que al ser que cree invisible y mudo, yo le veo, le oígo...

SIEGFRIED

¿Por qué me ha seguido?

GENOVEVA

Desde anteayer le estoy siguiendo, Jacques. Tomé un cuarto frente a su habitación. Toda la noche he estado viéndole desde mi ventana. Apenas ha dormido.

SIEGFRIED

Jacques durmió. Siegfried estuvo en vela.

GENOVEVA

Se estuvo en el balcón hasta el alba. ¡Qué imprudencia, con este frío! No me atreví a decirle por señas que se entrara. Pensé que estaba de conversación con algo invisible, con algo mudo, con la noche alemana, tal vez...

SIEGFRIED

Sólo con ella me creía.

GENOVEVA

Pues no, que yo lo vi todo. Cuando nevaba, allí se quedó usted. Se puso todo blanco. Le tendía la mano, la mano que ella cubría ya. Mirar a la noche, acariciar a la nieve: ¡extraña manera de decir adiós a Alemania!

SIEGFRIED

Esa despedida es la que más me ha costado. De esa nieve, que cubre continentes; de esas estrellas, indivisas para Europa; de ese torrente de voz tan latina como germana, llegaban hasta mí los llamamientos supremos del país. En toda esa extensión, donde vivos y muertos se hallaban tendidos por igual y sólo las estatuas hacían agujeros en el sudario, reinaba un correr de vientos, una ronda de reflejos, una conciencia nocturna de que yo no podía desprenderme. Los grandes hombres de un país, la historia, las costumbres, son un lenguaje casi común para los pueblos,

mientras que el ángulo de incidencias de los rayos de la luna con él es una propiedad que nadie puede arrebatarle. Tanto que cuando la noche palideció, de madrugada, era mi pasado el que palidecía y me pareció que ya tenía licencia y estaba dispuesto para la marcha.

GENOVEVA

Me tranquiliza eso, Jacques. ¡Temía tanto en su corazón una confrontación más terrible! Veía luchar dentro de él a las glorias de su patria advenediza con las de su patria recuperada. Me juré guardar silencio. Darle armas a escondidas a quien se está batiendo, así fuese Bayardo o Napoleón, me hubiera repugnado. Pero si se trata de un duelo entre auroras y anocheceres, d un concurso entre torrentes y lunas, ya estoy desligada de escrúpulos.

SIEGFRIED

¿Por qué me ha seguido?

GENOVEVA

¿Por qué huyó de mí, Jacques? No se imaginaría que le iba a dejar volver a Francia si restituirle todo lo que tengo suyo, toda esa consigna de recuerdos, de hábitos que fielmente guardé, caminar como un ciego por su nueva vida Siegfried está en salvo. Pensemos un poco e Forestier. Hay que rehacerle. Confíese a mí. Y sé todo lo suyo. Jacques era muy charlatán.

SIEGFRIED

Tarea muy larga va a tomar sobre sí.

GENOVEVA

¿Muy larga? Nos quedan diez minutos. Más de o necesario para que yo le restituya, en el umbral le la nueva vida, todas sus virtudes originales.

SIEGFRIED

¿Y mis defectos?

GENOVEVA

Esos ya volverán sin mí. Bastará que viva used con la que ame... No, no quiero que si un iduanero francés le detiene para preguntarle, cuioso, si tiene valor, si es pródigo, qué manjares orefiere, no sepa qué contestar. Ese aspecto de orpeza que tiene, como de jinete en cabalgadura uyas manías desconoce, tiene que disiparse desde ioy. Acérquese, Jacques. Voy a desatarle todos os secretos que no comprendía.

(*Se sienta en el banco y le atrae hacia sí.*)

Acérquese. Nada cambió en Jacques. Todas us pestañas se sostienen milagrosamente a la rilla de sus párpados. Esos labios tenían ya en ai tiempo, antes de saborear todos los males, el liegue dulce y amargo, producido, claro está, por os placeres. Todo lo que tienes por huella de una esgracia, se lo debes quizá a una alegría. La icatriz de tu frente no es señal de guerra, sino

caída de bicicleta en día de campo. Hasta tus ade manes son más antiguos de lo que crees. Si t llevabas alguna vez las manos al cuello, es qu antaño gastabas alzacuello y te tirabas de él cada instante. Y no creas que el guiñar de ojo nazca de tus sufrimientos, de tus vacilaciones; l contrajiste por llevar monóculo, contra mi pare cer. Una corbata te compré ayer, antes de salir d Gotha; vas a ponértela.

SIEGFRIED

Nos está mirando el aduanero.

GENOVEVA

Eras atrevido, valiente, y ahora te asustan lo aduaneros que miran, los vecinos que escuchan No será Alemania quien te haya vuelto tan pru dente y desconfiado. Cuando me llevabas en bot por el Marne e íbamos divagando sin acaba nunca, te bastaba ver el sombrero de un pescado para ponerte a remar en silencio.

SIEGFRIED

¿Remar? ¿Sé yo remar?

GENOVEVA

Sabes remar, sabes nadar, hasta entre do aguas. Te he visto nadar así un minuto seguid y no salías. ¡Qué siglo de espera! Ya ves cómo t devuelvo un elemento. Con todos los ríos qu encontremos al pasar vas a tener ya la confian

za de entonces. Contigo vi el mar por primera vez. ¿Volviste a verlo?

SIEGFRIED

No.

GENOVEVA

¿Y las montañas? No puedes imaginarte lo fá-
:il que te resultaba la subida. A cada roca me quitabas el peso de un bulto, de una prenda de vestir. Llegabas a la cumbre con bolsos de mano, sombrillas, y yo casi desnuda.

(*Un silencio.*)

SIEGFRIED

¿En dónde nos hemos encontrado?

GENOVEVA

En la esquina de una calle, cerca de un río.

SIEGFRIED

¿Estaría lloviendo? Yo la ofrecería un para-
:uas, Genoveva, como es costumbre en París.

GENOVEVA

Un tiempo hermosísimo. Un sol incompara-
le. Creíste, sin duda, que yo necesitaba protec-
ión contra el cielo inhumano, contra tanta luz tanta hermosura. Te acepté por compañero. bamos a lo largo del Sena. Y aquel día, cada

minuto me hacía descubrirte como te me descubres hoy tú mismo. Por la noche sabía ya cuáles son tus músicos, tus vinos, tus autores; a quién habías querido antes. También eso te lo diré, si hace falta. Al día siguiente dimos otro paseo casi el mismo, pero en tu automóvil. Yo me iba preparando para repetir el paseo toda la vida, decuplando a diario la velocidad.

SIEGFRIED

¿Mi automóvil? ¿Sé yo conducir?

GENOVEVA

Sabes conducir. Sabes bailar. ¿Qué no sabrás tú? Sabes ser dichoso.

(*Un silencio.*)

SIEGFRIED

Yo, ¿la quería?

GENOVEVA

Sólo tú lo has sabido. Yo contaba con tu vuelta para saberlo también.

(*Un silencio.*)

SIEGFRIED

¿No éramos más que novios, Genoveva?

GENOVEVA

Eramos amantes.

(*Un silencio.*)

Sabes ser cruel. Sabes engañar. Sabes mentir. Sabes llenar un alma con una palabra. Sabes, con una palabra, dejar apagado todo un día de esperanza. Dotes no muy peculiares de un hombre, ya lo ves. Sabes, hasta teniendo memoria, olvidar... Sabes hacer traición.

(*Él va hacia ella.*)

SIEGFRIED

¿Y sé abrazarte así?

GENOVEVA

El aduanero nos está mirando. Eso, tírate de la corbata...

SIEGFRIED

¿Sé apretarte en mis brazos?

GENOVEVA

¡Ay, Jacques! En el país del amor o de la amisad, ese impulso que sientes en tus adentros hacia lo porvenir, es el verdadero pasado. Ven a esta patria, sin condición y sin escrúpulo.

SIEGFRIED

¿Sabía yo gustarte, hablarte?

GENOVEVA

Me hablabas del pasado mío. Te ponías celo-

so. No me creías. Entonces el Forestier era yo.

(*Un silencio.*)

SIEGFRIED

(*Siempre con* GENOVEVA *entre los brazos.*)

¿Quién eres, Genoveva?

GENOVEVA

¿Cómo dices, Jacques?

SIEGFRIED

¿Quién eres?... ¿Por qué te sonríes?

GENOVEVA

¿Me sonrío?

SIEGFRIED

¿Por qué esas lágrimas?

GENOVEVA

Porque Jacques volverá. Ahora ya estoy se gura. ¿Quién soy? Tu demonio soltó al cabo su propia pista para seguir la de otro... Ya te salvas te... ¿Un pasado? ¡Ay, Jacques!, no lo busques y para nosotros. ¿No tenemos uno nuevo? Sólo tie ne tres días, pero dichosos los que poseen un pa sado merecido. En él va a buscar ahora cada pen samiento mío su gozo o su tristeza... ¿Te acuer das, en la pensión, cuando viniste a mí dando u taconazo para presentarte? ¿Los llevas de hierr

para que suenen así, o los alemanes dan por sí mismos ese ruido de acero? ¡Qué lejos, y cómo lo veo ya todo! Sacaste del bolsillo del pecho un pañolito salmón y verde, para que le gustara a la que venía del Canadá. ¿Quieres decirme que todo se te ha olvidado?

SIEGFRIED

No. Lo recuerdo.

GENOVEVA

¿Te acuerdas de nuestra lección, de tus maldades al hablar de la nieve, de tu ironía cruel acerca de mi vestido de granjera?

SIEGFRIED

Me acuerdo. Llevabas sombrero gris perla con cinta gris ratón, para que le gustara a aquel alemán.

GENOVEVA

Y yo, ¿le gusté?

SIEGFRIED

¿Te acuerdas de cuando volví de pronto, antes del motín, de nuestra despedida, de aquel paraguas que yo volvía buscando, contra la inquietud y la desesperación? ¡Cómo ha llovido, Genoveva!

GENOVEVA

¡Qué magnífico fuego de leña vamos a encender esta noche, para secarnos!

(Suenan unos timbres.)

SIEGFRIED

Ahí está el tren. Entremos. Pasa tú delante, Genoveva.

GENOVEVA

Todavía no...

SIEGFRIED

Si es la señal alemana para cerrar las portezuelas.

GENOVEVA

Es la señal francesa para enganchar el caballo blanco a la placa giratoria... Una palabra he de decirte.

SIEGFRIED

Allí me la dirás...

GENOVEVA

No. Tengo que decírtela de este lado de la línea ideal... ¿Te acuerdas, tú que lo recuerdas todo, de que jamás te llamé por tu nombre alemán?

SIEGFRIED

¿Mi nombre alemán?

GENOVEVA

Sí. Me había jurado no pronunciarlo nunca. Ningún suplicio me lo arrancaría de la boca...

SIEGFRIED

Hacías mal. El nombre es bonito. Y... ¿qué?

GENOVEVA

¿Qué? Acércate... Deja la portezuela...

SIEGFRIED

Aquí me tienes...

GENOVEVA

¿Me oyes, Jacques?

SIEGFRIED

Jacques te oye.

GENOVEVA

¡Siegfried!...

SIEGFRIED

¿Cómo, Siegfried?

GENOVEVA

¡Siegfried, te quiero!

TELÓN

IDEAS Y HECHOS POLÍTICOS

Rodolfo Llopis:

Cómo se forja un pueblo. (La Rusia que yo he visto), ilustrado con fotografías. 6 ptas.

Egon Wertheimer:

El laborismo británico: sus hombres y sus ideas. (En prensa).

Profesor Heller:

Europa y el fascismo. (En prensa).

Fernando de los Ríos:

El Estado español como Estado policía. (En prensa).

VIDAS EXTRAORDINARIAS

Hans Hentig:

Robespierre (estudio psicoanalítico). Prólogo del doctor G. R. Lafora (con 12 ilustraciones).

Hilaire Belloc:

Danton. (En prensa).

Stefan Zweig:

Fouché. (En prensa).

Lytton Strachey:

Isabel y Essex. (En prensa).

Francis Hackett:

El Rey Barba-Azul (Enrique VIII y sus mujeres). (En prensa).

John Drinkwater:

Cromwell. (En prensa).

Marcel Brion:

La vida de Atila. (En prensa).

G. R. Tabouis:

La vida privada de Tutankamen (con ilustracione). (En prensa).

MÁSCARAS ANTIGUAS Y MODERNAS

Ben Jonson:

Volpone o El zorro (única adaptación directa en lengua castellana, por Luis Araquistain). 4 ptas.

Jean Giraudoux:

Siegfried (traducción de E. Díez-Canedo). (En prensa). 4 ptas.

CRÍTICA Y ARTE

Martín S. Noel:

España vista otra vez (ilustrado). 10 ptas.

BIOLOGÍA Y MEDICINA

Dres. Hernández Guerra y Ochoa de Albornoz:

Elementos de bioquímica (segunda edición, revisada). 18 ptas.

Dr. Sebastián Recaséns:

Radioterapia ginecológica. (Sus fundamentos y relaciones con las increciones). 8 ptas.

El cáncer del útero. (En prensa).

Dr. C. Froese:

Trigeminoterapia (prólogo del Dr. Sanchís Banús). (En prensa).

Kerridge:

Elementos de Química-Física para estudiantes de medicina y biología (prólogo de J. Negrín). (En prensa).

Schenck & Gürber:

Elementos de fisiología. Traducción, con adiciones y notas, de J. Sopeña Boncompte, catedrático de la Universidad de Granada (prólogo de J. Negrín). (En prensa).

Dr. Jiménez Díaz:

El asma y otras enfermedades alérgicas. (En preparación).

Dr. Crespo:

La angina de pecho. (En preparación).

Dr. Arrese:

Parásitos intestinales. (En preparación).

IDEAS Y HECHOS SOCIALES

Bertrand Russell:

Vieja y nueva moral sexual. (En prensa).

ACABÓSE DE IMPRIMIR LA PRIMERA EDI-
CIÓN DE ESTE LIBRO EN LOS TA-
LLERES TIPOGRÁFICOS DE GALO
SÁEZ, MESÓN DE PAÑOS, 8,
MADRID, EL DÍA 10
DE MARZO DE
1930



Precio: CUATRO pesetas

Printed in Spain